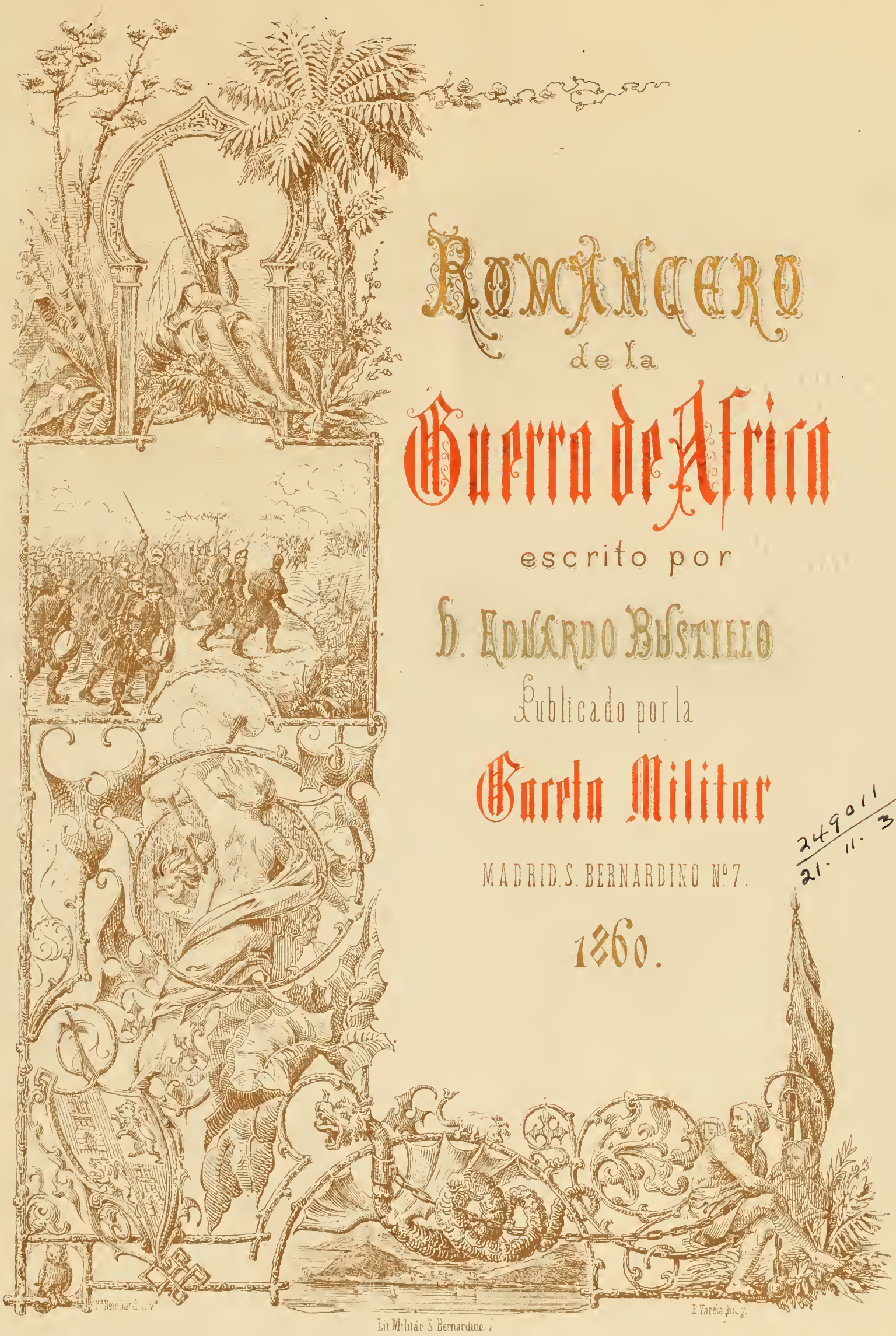
Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/romancerodelague00bust

Romancero de Africa

LS
B9824r



Romancero de la Guerra de Africa

escrito por

D. Eduardo Bustillo

Publicado por la

Gaceta Militar

MADRID, S. BERNARDINO Nº 7.

1860.

249011
21. 11. 30

Lit Militar S Bernardino 7

A MI QUERIDA PATRIA.

Recibe, Pátria mia, esta sencilla ofrenda de la lealtad y el cariño del humilde cantor de tus glorias.

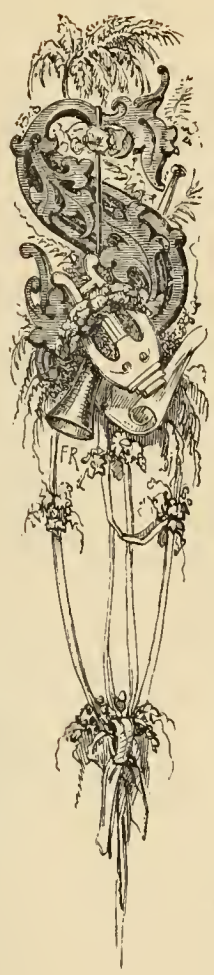
Recíbela, porque el libro es tuyo; porque el puro sentimiento de tu amor y de tu dignidad y los memorables hechos de tus valientes hijos, han llenado todas sus páginas.

EDUARDO BUSTILLO.

ROMANCE PRIMERO.

Introduccion.

I.



oy el cantor de la guerra
y en mis romances el alma
no busca lauros, que busca
el santo amor de la Patria.
No es mi voz la voz del génio
que atrevida se levanta,
ni es el triunfo del artista
el norte de mi esperanza.
Mas, aunque humilde mi nombre,
mi acento propio me basta,

que honran las glorias de un pueblo
á los hijos que las cantan.
En el seno del hogar
madres, amantes y hermanas,
orando por los que lidian
á los que lidian aguardan.
Si corazones que sienten
responden á mis palabras,
y al descubrir mis afectos
sus nobles afectos hallan
y vierten sobre mi libro
de gratitud una lágrima,
no quiere mas recompensa
el que la logró tan alta.

II.

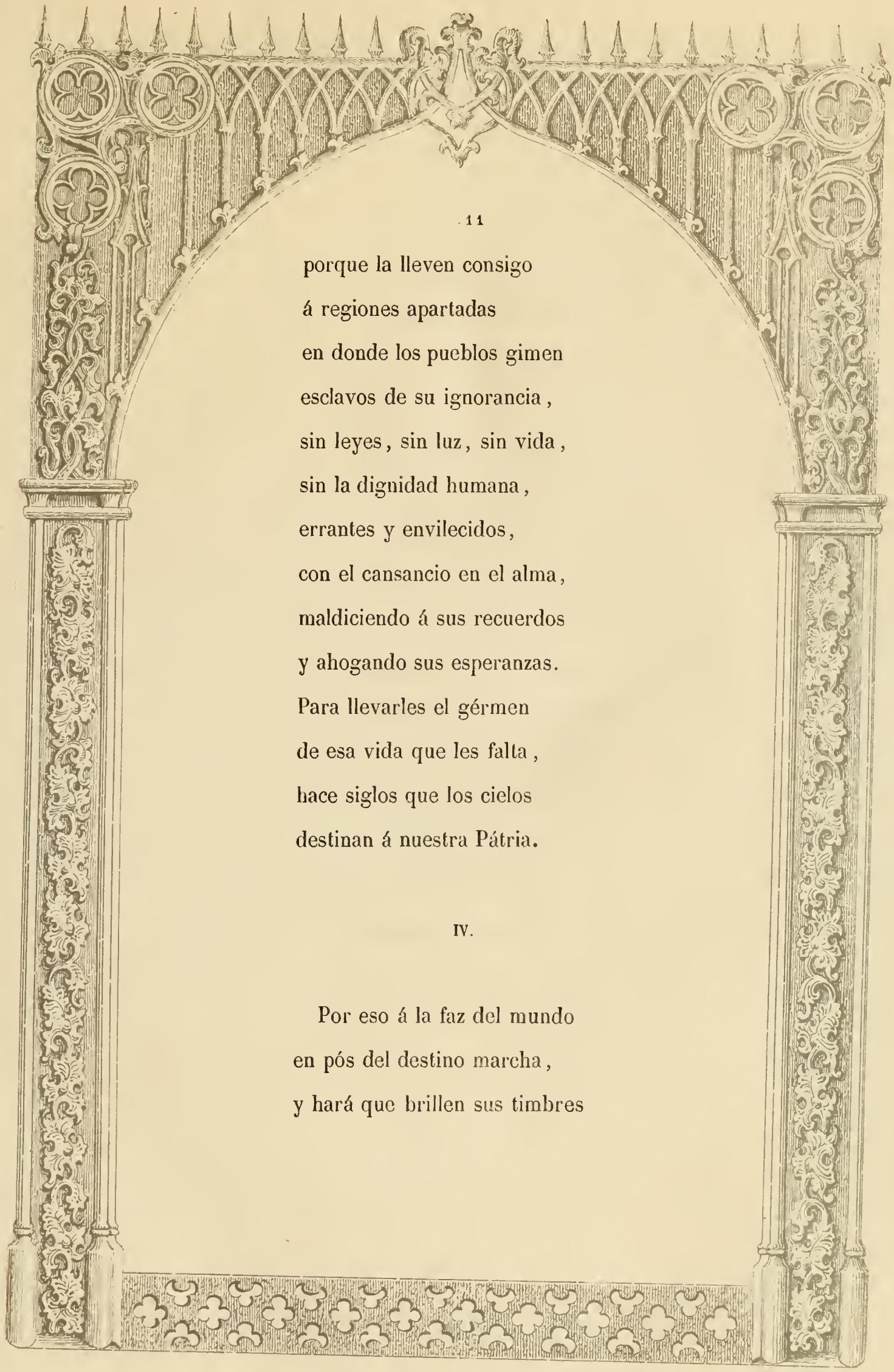
¿Por qué aprestan los cristianos
contra los moros las armas?
Los hijos del Cid que cruzan

las arenas africanas,
¿buscan tesoros inmensos?
¿grandes conquistas preparan?
¿sueñan hallar otro mundo
en los breñales del Atlas?
Es mas alto su destino:
defender la santa causa
de su honor que pide sangre
porque una afrenta le mancha,
que *las manchas del honor*
solo con sangre se lavan.
—Un dia, ciegos, guiados
por el ódio á nuestra raza,
ódio á muerte que es en ellos
huésped eterno del alma,
llegaron hasta los muros
de alguna de nuestras plazas,
para borrar con su aliento
los puros timbres de España.
«¡Estaba escrito!»—gritaron

aquellas hordas fanáticas—
«el grande Alá nos conduce,
su voluntad nos arrastra.»

III.

Pero España no dormia.
Hoy sus hijos ya levantan
la frente donde refleja
el sol de glorias pasadas.
Y mientras «¡Estaba escrito!»
gritan las salvajes kábilas,
ellos, en el solo Dios
poniendo su confianza,
ofrecen su sangre toda
del pátrio honor en las aras.
Y es que á su causa va unida
la mision mas noble y santa;
y es que además de la honra
el cielo su fé reclama



porque la lleven consigo
á regiones apartadas
en donde los pueblos gimen
esclavos de su ignorancia,
sin leyes, sin luz, sin vida,
sin la dignidad humana,
errantes y envilecidos,
con el cansancio en el alma,
maldiciendo á sus recuerdos
y ahogando sus esperanzas.
Para llevarles el gérmen
de esa vida que les falta,
hace siglos que los cielos
destinan á nuestra Pátria.

IV.

Por eso á la faz del mundo
en pós del destino marcha,
y hará que brillen sus timbres

con sus gloriosas hazañas.

Por eso á Isabel Segunda
secreto afan impulsaba
cuando á olvidados lugares
quiso dirigir su planta
para orar sobre la cuna
de la libertad de España,
tumba del Rey que al combate
llevó la cruz con la espada,
que humilló desde una roca
del musulman la arrogancia.

Allí la naturaleza
sola, imponente se alza;
y entre los riscos gigantes,
al rumor de la cascada,
mezclado con las canciones
de sencillas aldeanas,
confirmóse el niño Alfonso
en la pura fé cristiana.
Gritos de júbilo inmenso

repitieron las montañas,
cantaron los pajaritos,
límpidas fuentes manaban,
las silvestres florecillas
tambien lucieron sus galas,
las cumbres vistió la niebla
con trasparentes de gasa,
y sobre los altos picos
posáronse muchas águilas.
Y el niño se sonreia...
la madre de amor lloraba...
¡Covadonga, Covadonga!
si tus grandezas habláran,
ellas al mundo dirian
lo que á comprender no alcanza.
Acaso Dios á la Reina
y al niño augusto inspiraba
con ese fuego que anima
el corazon de la Pátria.

V.

Y del Apóstol Santiago
á la basílica santa
en pos de la inspiracion
fué tambien la Soberana.
Y allí se elevó su espíritu,
y allí derramó mas lágrimas...
y al ver la dulce sonrisa
del hijo de sus entrañas,
bajo las inmensas bóvedas
como en un sueño cruzaba,
por la gloria de sus pueblos
rogando á Dios con el alma.
Y Dios escuchó á la Reina,
y Él su corazon tocaba
cual si quisiera anunciarle
nuestra mision elevada
en esa lucha terrible

que hoy los ánimos embarga
y en que ha de admirar el mundo
á nuestra nacion mañana.
Por eso empieza sus cantos
el trovador entusiasta
que otro premio no ambiciona
que el santo amor de la Pátria.
Y aunque sabe que es humilde,
su acento propio le basta,
que honran las glorias de un pueblo
á los hijos que las cantan.

ROMANCE II.

La voluntad nacional.

I.

Ya para bien se convocan
Córtes que van á tratar
de la guerra justa y santa
que exige la dignidad
del gran pueblo que en mal hora
vió sus timbres mancillar.
Diéronse bastantes plazos
al Gobierno del Sultan,
y mas esperar no puede
honor que manchado está,

que si al tiempo se abandona
no ha de poderse lavar.
Y la nacion que así duerme
y no despierta jamás
y disfruta en la deshonra
de su vergonzosa paz,
si en sueños abre los ojos,
abatida se verá,
befada, pobre, sin hijos,
sin amor, sin libertad.
Y España no puede nunca
la altiva frente inclinar;
que ostenta escritos en ella
nombres que siempre serán
espanto de la morisma,
gloria de la cristiandad.

II.

Acude el pueblo entusiasta
y rodea con afan

el palacio de las Córtes,
porque anhela saber ya
si dignamente interpretan
su enérgica voluntad
los que al sagrado recinto
á representarla van.

Muy bien supo el de Lucena
su noble aliento mostrar;
bien le aplauden, bien le elogian
los que escuchándole están,
los amigos y leales
y los que le quieren mal.
Que allí no luchan partidos
ambiciosos de mandar;
que allí se truecan rencores
en pura y santa amistad,
y allí son todos hermanos
y todos á un punto van,
y en los lábios elocuentes
brilla solo la verdad,

porque al corazon la dicta
el orgullo nacional.
Otros no fueran los hijos
de la Pátria de Guzman;
ella su amor les negára,
haciéndoles ver quizás,
que es voz solemne del cielo
ese grito popular
que hasta el templo de las leyes
penetra como raudal
de inspiraciones divinas
que aliento á los buenos dan.

III.

Y como en las causas justas
los buenos siempre son mas,
ellos responder supieron
del pueblo al inquieto afan,
que el fuego del amor pátrio

no alienta en vano jamás.

Declárase al fin la guerra
al gobierno del Sultan,
que mas plazos dar no puede
honor que manchado está;
y España no quiere nunca
con la deshonra la paz,
ni quiere ver á sus hijos
sin familia, sin hogar,
regando con tristes lágrimas
de la esclavitud el pan....
Que quiere ver la ventura
sobre su frente brillar,
porque disfruten tranquilos
de su amor y libertad.

ROMANCE III.

Las joyas reales.

I.

EL alcázar de los reyes
en una estancia lujosa
que el arte con galas viste
y el gusto esquisito adorna,
Isabel á sus ministros
pide el consejo que importa
al interés nacional
en asuntos de la honra.

Al corazon de la Reina
profundamente impresionan

las palabras del Consejo;
y mientras oir la toca,
mal con sonrisas encubre
su ansiedad y su zozobra;
que el corazon franco y noble
cuando sufre y cuando goza,
su sentimiento revela,
aunque la razon se oponga,
porque es el rostro el espejo
de sus impresiones todas.

II.

Y aunque el alma de la Reina
bien los peligros arrostra,
solo en sus queridos pueblos
piensa en tan solemnes horas,
que sus hijos la interesan
mas que su ventura propia.
Ella sabe que la lucha
será terrible y penosa;

que ha de costar mucha sangre
á nuestras valientes tropas,
que será causa de luto,
sobresaltos y congojas.
Y tan tristes pensamientos
la desconsuelan y agobian;
quiere hablar, pero su voz
el sentimiento sofoca;
y por un instante olvida
que en la estancia no está sola,
y deja correr el llanto,
y su pecho desahoga
y sus pesares alivia
y algo de su aliento cobra.
El llanto no os avergüence,
no os avergüence Señora,
que en el alma de la Madre
de santos afectos brota,
y á la mujer y á la Reina
tan puras lágrimas honran.

III.

Levanta Isabel la frente;
con espresion melancólica
algunas frases pronuncia
que el sentimiento avalora.
Y nuevas preguntas hace
en que el vivo afan se nota,
y mientras habla el Consejo
á sus inquietudes torna.
Lo que dijo el de Lucena
bien su lealtad abona,
y unánimes los Ministros
con sus razones le apoyan.
No le ocultan á la Reina
la situacion angustiosa
de la Pátria que á sus hijos
lleva á region tan remota
á combatir con salvajes

guarecidos en las rocas,
atravesando desiertos
en que las fuentes no brotan,
cruzando bosques incultos
donde el fuerte cedro tronchan
los huracanes que silban
entre la terrible sombra.

IV.

Allí la guerra empeñada
es doblemente costosa,
y sacrificios exige
que los recursos agotan
de la nacion que en el mundo
se ostente mas poderosa.
Valor á España no falta,
firme voluntad la sobra;
mas para empresa tan grande
serán sus riquezas pocas,

que tarde acaban las luchas
en que honor venganza toma.
Bien lo comprende Isabel,
y ella que á su pueblo adora,
no quiere que el pan le falte
cuando á los peligros corra,
mientras guarde su palacio
brillantes, perlas y aromas.
Las palabras que ella dijo
dichas fueron en buen hora;
el que de español se precie
bien las oirá de mi boca:
— « Que se tasen y se vendan
todas mis preciadas joyas
y que de mi patrimonio
con libertad se disponga,
si así de tan santa empresa
los altos fines se logran.
Yo disminuiré mi fausto;
una cinta humilde y sola

mejor lucirá en mi cuello
que las piedras que hoy le adornan,
si con ellas contribuyo
á levantar ante Europa
la fama de nuestra España
con los timbres de su honra. » —
Los Ministros que la oyeran
ante la Reina se postran,
mas con palabras no dicen
lo que con el alma gozan.

V.

Bien haya la Soberana
que así lleva su corona,
la que bendice á sus pueblos,
la que sus pueblos adoran,
la que tiene el alma noble,
la que á Isabel la Católica
va unida por el destino

en el libro de la historia.

Si por alcanzar un mundo
aquella inmortal Matrona
con su fé le dió á Colon
todas sus piedras preciosas,
hoy ofrece nuestra Reina
los brillantes que la adornan
á los valientes vasallos
que á gran hazaña se arrojan;
pues de los revueltos mares
ellos cruzarán las olas
para conquistar el mundo
que su espíritu ambiciona,
porque el honor de la Pátria
es el mundo de sus glorias.

Santa es la ofrenda, Isabel,
y la nacion española
por ser tuya la agradece,
aunque la ofrenda no toma.

Guarda, Isabel, tus alhajas,

guarda tus preciadas joyas,
que las perlas de una Reina
bien están en su corona.
Sin que se grave á tus pueblos
recursos al fin se logran,
que ofrecen hacienda y vida
los que de honrados blasonan.

VI.

¡Oh! si el santo amor de madre
de tu pecho no se borra;
cuando en la noche tranquila
en vela pases las horas
contemplando al niño Príncipe
que dulcemente reposa;
ante aquel hijo que duerme
porque tu inquietud ignora,
verterás alguna lágrima
consagrada á la memoria
de los que tambien son hijos

y en regiones muy remotas
cruzan bosques y desiertos
donde las fuentes no brotan.
Y esas lágrimas ardientes
que á tus párpados asoman
cuando al Dios de los Ejércitos
con el corazon invocas,
son tus perlas mas preciadas,
las que tu amor atesora,
las que aceptarán tus hijos
cuando á los peligros corran.
Porque en la virtud que encierran
su firme valor apoyan
para entrar en el combate
seguros de la victoria,
para conquistar laureles
con el mundo que ambicionan,
que es el honor de la Pátria
el gran mundo de sus glorias.

ROMANCE IV.

La despedida del caudillo (1).

I.

GRITA el soldado, «¡A las armas!»
y con aprestos de guerra,
levanta el pueblo la frente,
la noble Pátria despierta.
Almas libres con su canto
el inmenso espacio llenan,
y en sus eternos murmullos
el mar los ecos remeda
cuando enfurecido bate
las africanas arenas,

(1) Leído por el autor ante SS. MM. en la Real Cámara, en la noche del 6 de diciembre de 1859.

y alza su espuma teñida
con sangre de nuestra afrenta.
Esos gritos de entusiasmo,
y el acento del poeta
y los ecos de su lira
que con el rumor se mezclan
de las agitadas olas
que van pregonando quejas,
todo parece decir
para que el mundo lo sepa,
que aun hay Pátria que por héroes
los queridos hijos cuenta,
donde los Pelayos viven,
donde Guzmanes alientan.

II.

¡Ved! ya solo la señal
aguardan nuestras banderas
para desplegarse al viento
y volar á la pelea.

Los pechos en que se apoyan
latiendo están de impaciencia...
y la multitud acrece,
y las miradas inquietas
en torno giran y buscan
al que en hora, ya suprema,
guiar debe á sus hermanos
á la terrible contienda.
¡Callad.... él es.... el caudillo!
cruza con frente serena,
brilla en sus ojos un rayo
de esperanza.... Ya le cerca
la muchedumbre entusiasta
y le aplaude y victorea.
—¡Paso al campeon!—¿A dónde
marcha con planta resuelta?
¿Sabeis qué busca?—Un adios
del corazon de la Reina.
—¡Oh! que Isabel te bendiga,
noble Conde de Lucena.

III.

Al alcázar llega el Conde,
y abismado en su alta idea,
aguarda en rico aposento
de sus Reyes la presencia.
Y admirando allá en su mente
las hazañas de otras épocas,
evoca sombras ilustres
que apoyo dén á sus fuerzas,
que el alma de mejor temple
no resiste algunas pruebas
y, á su pesar, la del Conde
en aquel momento tiembla.
Los que la española sangre
sentís arder en las venas....
decid si en aquellas horas
algo santo no revela
la madre que con sus hijos

y su esposo se presenta
y dice con una lágrima
lo que mil frases no espresan.
¡Ved que tambien llora el Conde,
y lágrimas que consuelan,
que el llanto del amor Pátrio
fecundiza cuanto riega!

IV.

Duró la lucha un instante
entre la Madre y la Reina:
sus vasallos son sus hijos
y á Dios por sus hijos ruega,
que á la guerra ya se marchan
y á muerte será la guerra.
Mucha fé tiene en el Conde
porque es grande su nobleza;
pero aprendió desde niña
de San Fernando la nieta

que si del cielo no vienen
no habrá glorias en la tierra.
—« ¡Partid, General! esclama,
id al campo en hora buena:
Dios y la Pátria os bendicen
y vuestros Reyes esperan,
que armas benditas de Dios
consigo los triunfos llevan.»
—« Si necesitais mi espada,
dice el Rey, contad con ella;
si un solo lauro consigue
y en el peligro os alienta,
en mí tendreis un soldado
esclavo de su bandera.»

V.

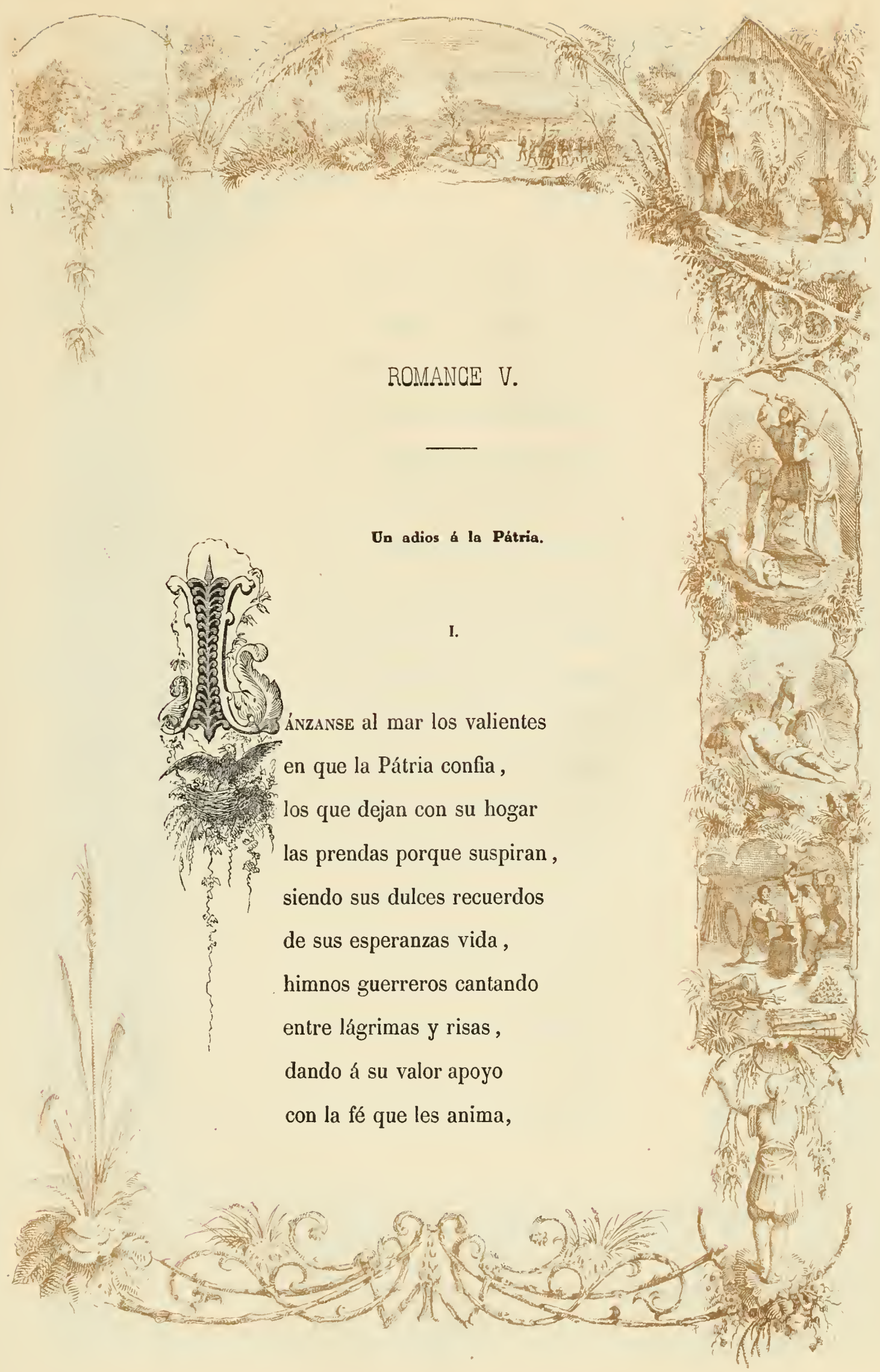
Con la voz del sentimiento
el caudillo les contesta
y el rostro del niño Príncipe
absorto á la par contempla.

Con noble orgullo de madre
Isabel se le presenta,
y él.... con anhelo acercándose
la pura frente le besa.
—¡Niño del alma! dormias
en brazos de la inocencia....
¡Qué pronto las desventuras
de la Pátria te despiertan!
¡Oh! Leopoldo, tu juraste
la venganza de la ofensa,
y con un beso la fé
de tu juramento sellas.
Virtudes de los Alfonsos
brillan en la frente egregia
de aquel niño, y al besarla
tú has aspirado su esencia,
fuego sagrado que enciende
tu corazon y le eleva,
porque por la Pátria lidies,
porque con la Pátria venzas.

VI.

Ya inclina la frente el Conde,
ya Isabel con mano trémula,
sobre el cuello le coloca
la milagrosa cadena.
Cada cruz, cada medalla
es un tesoro que encierra
una lágrima de madre
y una bendicion de Reina.
—Parte á la guerra, buen Conde,
buen Conde, parte á la guerra,
y en el calor del combate
la rica joya no pierdas.
Y si tu virtud apoyas
en la que tienen sus perlas,
que la sangre del vencido
no manche la real ofrenda.
Que es el alma de Isabel

un manantial de clemencia,
y el pueblo español perdona
como perdona su Reina.
—Parte á la guerra, buen Conde,
buen Conde, parte á la guerra,
y del beso no te olvides
ni la rica joya pierdas.

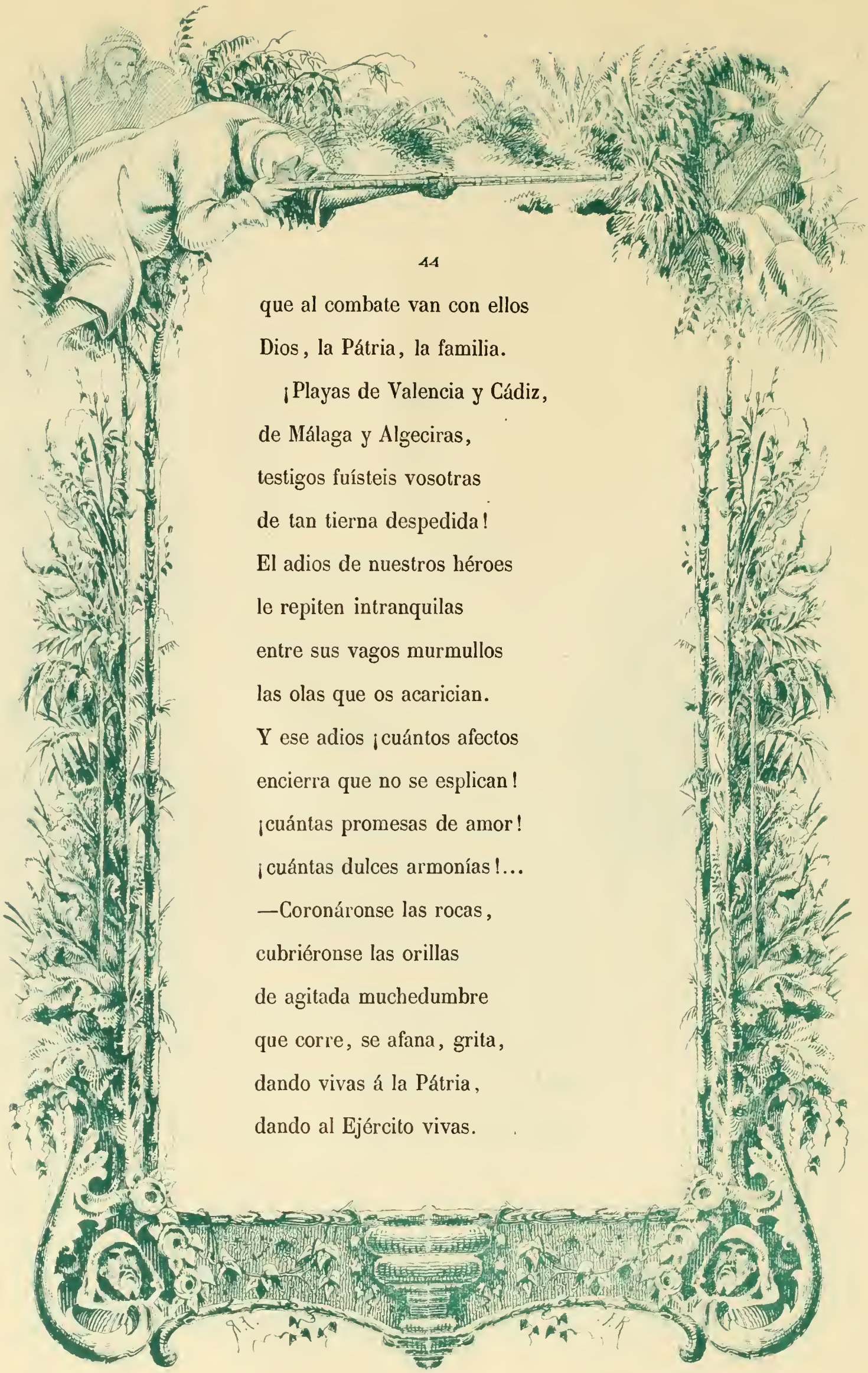


ROMANCE V.

Un adios á la Pátria.

I.

Lánzanse al mar los valientes
en que la Pátria confia,
los que dejan con su hogar
las prendas porque suspiran,
siendo sus dulces recuerdos
de sus esperanzas vida,
himnos guerreros cantando
entre lágrimas y risas,
dando á su valor apoyo
con la fé que les anima,

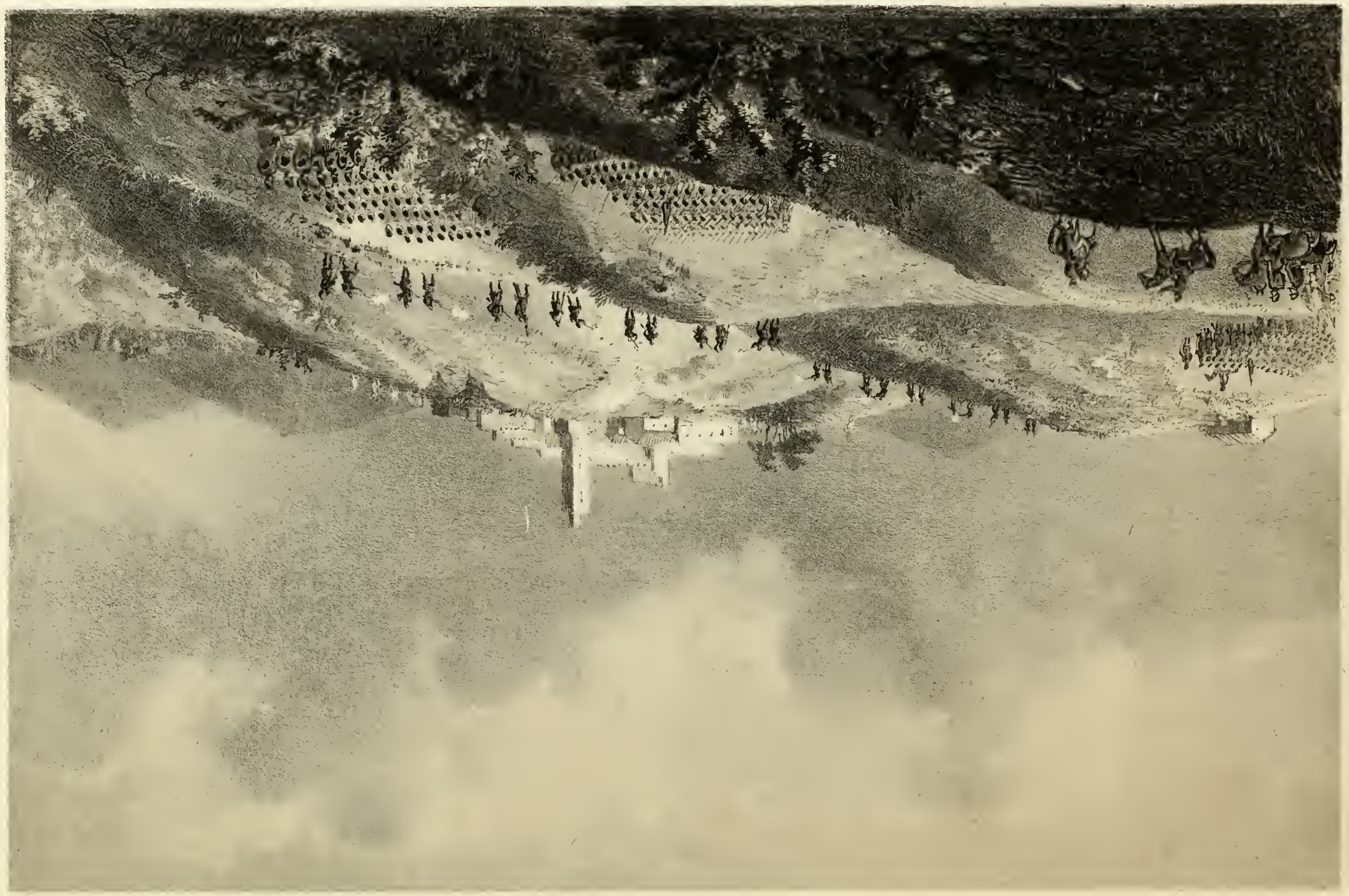


que al combate van con ellos
Dios, la Pátria, la familia.
¡Playas de Valencia y Cádiz,
de Málaga y Algeciras,
testigos fuísteis vosotras
de tan tierna despedida!
El adios de nuestros héroes
le repiten intranquilas
entre sus vagos murmullos
las olas que os acarician.
Y ese adios ¡cuántos afectos
encierra que no se esplican!
¡cuántas promesas de amor!
¡cuántas dulces armonías!...
—Coronáronse las rocas,
cubriéronse las orillas
de agitada muchedumbre
que corre, se afana, grita,
dando vivas á la Pátria,
dando al Ejército vivas.

II.

¡Silencio!... La multitud
ya con respeto se inclina;
ya el venerable Prelado
tiende sobre el mar la vista,
y armas y naves bendice,
y Dios al triunfo las guia.
¡Allá van!... Entre las brumas
apenas ya se divisan,
el humo de los vapores
poco á poco se disipa
y cubren montes de espuma
surcos que dejan las quillas.
¡Allá van!... ¡hora solemne
de santa melancolía!
¡Muere el sol!... En el espacio
pálida la luna brilla,
triste como el sol que muere,

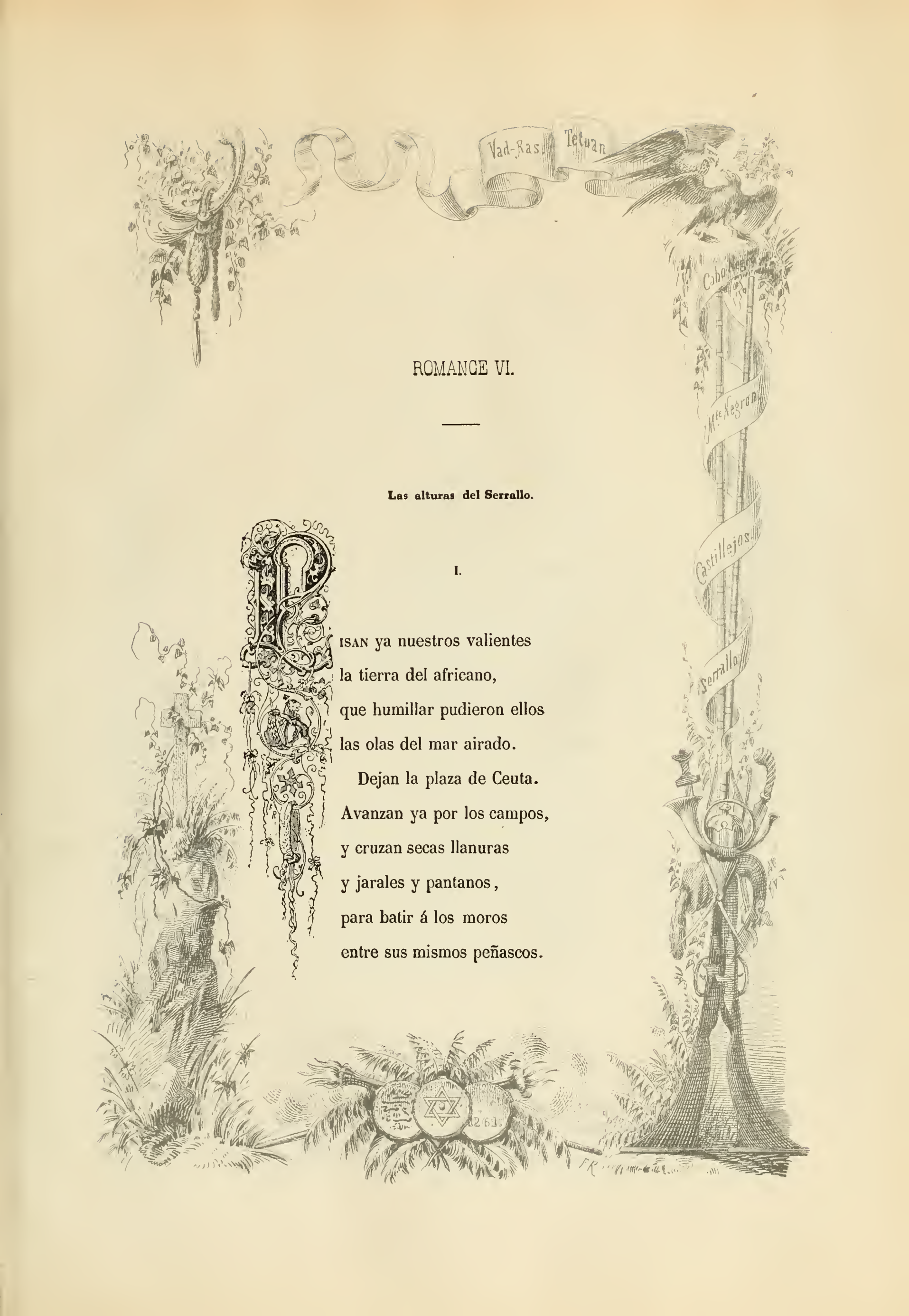
como el alma que suspira
para vivir de esperanzas
entre las olas perdidas.
¡Allá van!... lejos, muy lejos
del hogar y la familia...
¡Cuántos volverán y cuándo
á nuestras playas benditas!
—¿Qué importa?... La madre Pátria
sus hazañas adivina;
las naciones los contemplan,
sus hermanos los envidian...
¡Ellos volverán con honra,
que Dios al triunfo los guia!...



ROMANCERO DE AFRICA

Lit. Militar, S. Bernardo.

Ferrer de Castro, litog.



ROMANCE VI.

Las alturas del Serrallo.

I.

PISAN ya nuestros valientes
la tierra del africano,
que humillar pudieron ellos
las olas del mar airado.
Dejan la plaza de Ceuta.
Avanzan ya por los campos,
y cruzan secas llanuras
y jarales y pantanos,
para batir á los moros
entre sus mismos peñascos.

Echagüe que al frente marcha,
el General esforzado
previendo va los peligros
con la sonrisa en los lábios.
Y él y los bizarros jefes
y oficiales y soldados,
todos con ardor anhelan
verter en dulce holocausto
la primer gota de sangre,
ofrenda del amor pátrio.
¡Ellos los primeros héroes!...
ellos que, siempre avanzando,
abren el libro magnífico
de nuestro destino santo,
donde sus nombres ilustres
verán inmortalizados.
Ellos celebrar supieron
como valientes vasallos
el gran dia de su Reina
ciñéndose ricos lauros.

Alegres fijan la vista
en el Otero lejano.
Apenas el sol naciente
baña con débiles rayos
las escarpadas alturas
que dominan el Serrallo.
Allí están los enemigos,
sin órden, diseminados,
con su salvaje fiereza,
con sus instintos fanáticos,
vuelta la faz al Oriente
para saludar al astro.

II.

Siguen su marcha los nuestros,
bosques inmensos talando,
que ya la naturaleza
quiere cerrarles el paso,
madre que guarda sus hijos

entre sus incultos brazos.

Mas la voluntad que es firme
vence los grandes obstáculos,
y ¡allá van! siempre adelante,
al enemigo acosando
para ganar las alturas
que dominan el Serrailo.

¡Truena el fusil!... y los moros
que el arruinado palacio
cercaban, dando alaridos
le abandonan al cristiano.

Templo fué de los placeres,
templo de grandeza y fausto;
los huracanes del tiempo
sus columnas derribaron.
Sobre ellas de nuestra gloria
suenan los primeros cantos...
¡Con sangre los escribieron
nuestros valientes hermanos!...

¡Vedlos! ya de las alturas

al enemigo arrojaron...
¡Completa fué la victoria
que los coronó de lauros!
Con ellos aquel gran dia
nuestros héroes celebraron.
Y á su Reina y á su Pátria
saludan con entusiasmo,
abriendo el libro magnífico
de nuestro destino santo,
donde sus nombres ilustres
verán inmortalizados.

Pedro Perez de Castro Litog.°

Lit Militar "Bernardino F

BOQUETE DE ANGHERA.

ROMANCE VII.

El boquete de Anghera.—Valor y piedad.

I.

MENAZANDO asaltar
los reductos y los fosos,
atacan con rudo empuje
y en gran número los moros,
tropel de tigres hambrientos
cuyo alarido espantoso
zumba con el vendaval
y los bramidos del ponto.
Ante el boquete de Anghera,
aquel antro pavoroso

donde hallan senda las tribus
para los pueblos remotos;
ante aquel gran centinela
que guarda en su negro fondo
del bárbaro fanatismo
los misterios tenebrosos,
á rechazar el ataque
con decision están prontos
del regimiento del *Rey*
los batallones heróicos.

Arrecia del enemigo
la furia, ya silba el plomo,
y cual si el fragor creciente
de sus armas fuese poco,
denuestos y maldiciones
fulminan con gritos roncos.
Y detrás de cada peña
asoman sus negros rostros,
y en los arbustos y brezos
buscan siempre firme apoyo

porque aseguren sus tiros
las víctimas de su encono.
Y tras los grupos que luchan
aparecen otros y otros
que salen de sus guaridas
como carniceros lobos.
Pilas de sus mismos muertos
oponen dique á su arrojo,
y mas redoblan su furia
cuantos mas muerden el polvo.

II.

Los nuestros de su terreno
no ceden un palmo solo.
Y aunque el cielo les abruma
con su aspecto tormentoso
y con la lluvia que en lagos
trueca barrancos y fosos,
ciento del *Rey* se sostienen
contra cuatrocientos moros.

Entre aquellos cazadores
hay algunos harto mozos;
pero solo por sus años
tuviéranse por bisoños,
que en aquel rudo combate
fueron veteranos todos.

Ya ejecutan con buen órden
los movimientos forzosos
de repliegue, bien que á costa
de la sangre de unos pocos.

¡Ay! ¡qué el infiel se apercibe!
¡ay! ¡que avanza cauteloso!
y el pobre soldado herido
que en el campo yace solo,
presa será de la fiera
y víctima de sus ódios.
—¡Juan Molina, Juan Molina!
¿quién te prestará socorro,
si van los tuyos tan lejos
y te cercan ya los moros?

III.

Pero allí llega un soldado
saltando peñas y troncos.
De sudor viene cubierto,
cubierto viene de lodo,
la agitacion de su espíritu
bien se retrata en el rostro,
y avanza y avanza siempre,
febril, descompuesto, roto.

Llega al infiel, blande el arma
sembrando la muerte en torno
y entre aquel turbion de furias
abriendo camino angosto,
les arrebata á su amigo,
le carga sobre sus hombros,
y entre el mortífero fuego
sin cuidarse de sí propio,
llega hasta su compañía

que aguarda muda de asombro.

Francisco Lopez se llama
el de valor tan heróico.
Quien tal intenta y tal hace,
por valiente y por piadoso
alcanza un nombre inmortal
grabado con letras de oro.

La Academia gaditana
supo levantar un trono
á aquel humilde soldado
que, con su virtud tan solo,
sin poder y sin riquezas
que ambiciona el mundo loco,
lega timbres á sus hijos
con sus laureles gloriosos.

ROMANCE VIII.

El dia 25 de noviembre.

I.

CUATRO mil moros avanzan
para el ataque dispuestos;
muchos eran los infantes,
ginetes eran los menos;
con su salvaje algazara
vienen asordando el viento
hácia el famoso boquete
donde ya vencidos fueron.
Por dos lados al reducto
atacan al mismo tiempo,

y el Brigadier Sandoval
ya se apresta á defenderlo.
Ya lleva con su brigada
cien valientes artilleros;
la casa del Renegado
detrás está de sus puestos.
Desde allí con gran destreza
dirigen todos sus fuegos
á los grupos de los moros
que hacen terribles esfuerzos
y mas avanzan osados
cuanto se ven mas deshechos.
Los cazadores de *Alcántara*
y de *Madrid* con empeño
defienden sus posiciones,
aunque sobre mal terreno.
En apretadas columnas
y armado el terrible acero,
allá van los de *Borbon*
conducidos con denuedo

por Caballero de Roda
que es bizarro caballero.
Muchas y brillantes cargas
aquellos valientes dieron;
de cadáveres de moros
ya queda el campo cubierto,
nuestras son sus municiones,
sus armas y sus arreos...
¡Adelante y ¡viva España!
que por España vencemos!

II.

¡Ay! ¡que ya vuelven los moros
con gruesas masas rehechos!
¡Ay! que los suyos son muchos
y son muy pocos los nuestros,
y así se ven acosados
por los tigres del desierto
que en los bosques se defienden

por no lidiar como buenos.

Mas los de *Madrid* no cejan,
siempre firmes en su puesto.
Gloriosamente en el campo
su Jefe Pinies ha muerto;
Ochotorena es herido,
y aunque en la lucha cayeron
otros muchos Oficiales
que eran la flor del Ejército,
aquel monton de valientes
entre el mortífero fuego
rechaza siempre al alarbe,
sin que desmaye su aliento.

¡Ay! que tambien los de *Alcántara*
se ven en trance tan fiero!
pero *Talavera* y *Mérida*
ya llegan en su refuerzo,
mandados con bizarría
por el Coronel Berruezo;
y cargan una vez y otra,

y van ganando terreno,
y acorralan á las fieras
que huyen por montes y cerros.
Herido el valiente Echagüe
en los terribles momentos,
ceder el mando no quiere
sin que la gloria del cuerpo
el puro bálsamo sea
del dolor que está sufriendo.
Si ricos lauros ganamos,
preciosa sangre vertemos:
mas de cadáveres moros
el campo queda cubierto,
y armas, caballos, preseas,
todo es nuestro, todo es nuestro...
¡Adelante y ¡viva España!
que por España vencemos!

ROMANCE IX.

El 30 de noviembre.

I.

Sus fuerzas recobra el moro:
de Belzus y Anghera suben
y antes que para el ataque
con sordo fragor se junten,
en su corcel de batalla
O-Donnell al punto acude
y hace que sus ayudantes
veloces el campo crucen
porque sus prudentes órdenes
con precision se ejecuten..

Gasset, que en el mando á Echagüe
dignamente sustituye,
logra que el valiente cuerpo
puestos de defensa ocupe.
Y avanza el turbion de moros
y cae cual terrible nube
sobre nuestros batallones
y con sus fuegos los cubre.
Pero los nuestros no ceden,
la lluvia de plomo sufren,
y con certeras descargas
rechazan el rudo empuje.
Ya la frente los infieles
antè nuestras armas hunden;
ya vuelven con doble furia,
ya desesperados rugen,
ya retroceden diezmados
y hácia las fragosas cumbres
y hácia los espesos bosques
por negros barrancos huyen.

—¡Oh! no mas, cruel africano,
de nuestro poder te burles,
porque las deudas se pagan,
porque los plazos se cumplen.

II.

Allá, sobre aquella roca
donde mil armas relucen,
la Casa del Renegado
entre el brezo se descubre.
Con tu alarido salvaje
no turbes, infiel, no turbes
la calma de esa mansion
donde hay un alma que sufre
contemplando el paraiso
causa de sus inquietudes,
tan triste á sus esperanzas
cuanto á sus recuerdos dulce.
Ya comprendo el ¡ay! que exhalan

los moros desde la cumbre...
¡Están cortados, perdidos!
Los valientes que conduce
el intrépido Makenna
con una carga interrumpen
su solo paso y en ellos
el desórden introducen.
—De un lado el mar que á tus piés
en son de amenaza bulle,
del otro el terrible acero
del de las benditas cruces...
¿A dónde irás, el alarbe,
que tu perdicion no busques?
Rinde el arma á los cristianos
y de su virtud no dudes...
¡Mira!... sobre el sol que muere
una sola estrella luce,
y es la Caridad cristiana,
y es tu salvacion su lumbre.
¡Fanáticos! no comprenden

cuando en denuestos prorumpen,
que nuestra clemencia nace
donde su poder concluye.
Y ¡allá van! ¡y se derrumban!...
sus cuerpos chocan y crujen
y con sus deshechas armas
en el Ponto se confunden,
y el que en los riscos no muere,
entre las olas sucumbe.
—¡Oh! no mas, cruel africano,
de nuestro poder te burles!
Vé que las deudas se pagan
y que los plazos se cumplen.

Pedro Perez de Castro. litog.ª

Lit. Militár, S. Bernardino, 7

LA CASA DEL RENEGADO.

ROMANCE X.

Leyenda de la Casa del Renegado.

I.

DISTRAER la mente quiero
con mi sencillo romance
del fragor de tanta lucha,
del horror de tanta sangre.
Y aquí, sobre el mismo campo
testigo de mil desastres,
al resplandor de la luna
que triste y pálida sale,
voy á contaros la historia
de esa casa miserable

que en la roca se levanta
entre espesos matorrales.
Es el poema sentido
de un alma sola y errante
que en vano busca el consuelo
de sus eternos pesares.

En Algeciras vivia
con su fortuna envidiable,
un caballero español
de esclarecido linaje.
En dulce paz, con sus hijos,
su esposa y su anciana madre,
con la bendicion de Dios
en su lecho y sus manjares,
jamás amargó su pan
ni el sueño pudo turbarle
el afan de vanos títulos
ó de crecidos caudales.
La tradicion no nos dice

qué causa pudo obligarle
á renunciar á las glorias
de felicidad tan grande.
No nos revela el secreto
de aquella inquietud constante
que nubló la faz serena
de su apacible carácter.
Si la tradicion lo calla
bien el poeta lo sabe,
y vais á saberlo todos
los que escuchais mis cantares;
que en las cosas de este mundo
no hay misterios para el arte,
y canto yo los del alma
que son los que al mundo placen.

II.

Un dia que el caballero
llegó á pasar los umbrales

de un apartado salon
de la casa de sus padres
para distraerse viendo
curiosas antigüedades
y retratos de familia
de muy nobles personajes,
quiso Dios que allá en el fondo
de un desvencijado estante,
todo de polvo cubierto,
un cofrecillo encontrase
que en la misma cerradura
tenia puesta la llave.
Abrióle el buen caballero
sin que su mal recelase,
sin pensar que á la su honra
mucho pudiera importarle.
Del cofre sacó un papel
que escrito estaba con sangre,
palabras en él leyera
que alteraron su semblante.

Y el papel leyó cien veces
y otras ciento fué á dejarle
sobre el sucio cofrecillo,
con su paso vacilante
loco cruzando la estancia,
de trecho en trecho parándose
para recobrar su aliento,
para respirar mas aire.

Y es que aquel papel firmado
con el nombre de sus padres,
vino á través de los tiempos
á dirigirle estas frases:
—«Son para tí, si es que tienes
algo de mi ilustre sangre,
estos renglones escritos
con la que en mis venas arde.
A cruzar fuí por mi mal,
á cruzar los anchos mares;
me apresaron los piratas
que manda el moro Aben-Galbe

F. Varela lit.º

que dicen es descendiente
de nobles Abencerrajes.
¡Mal haya la su nobleza!
que no puedo perdonarle
haber manchado mis canas
escupiéndolas cobarde.
Libre ya, pero sin fuerzas,
mi libertad ¿qué me vale?
Y solo tengo una hija,
y ella no puede vengarme.
Manchas hay en nuestro honor
y es muy justo que se laven,
y porque algun dia llegue
á quien deba interesarle,
bien se ha de estar el papel
en donde yo le dejare.
Si es que tu llevas mi nombre
y tienes valor bastante,
tu cruzarás los desiertos
y buscarás á los Galbes

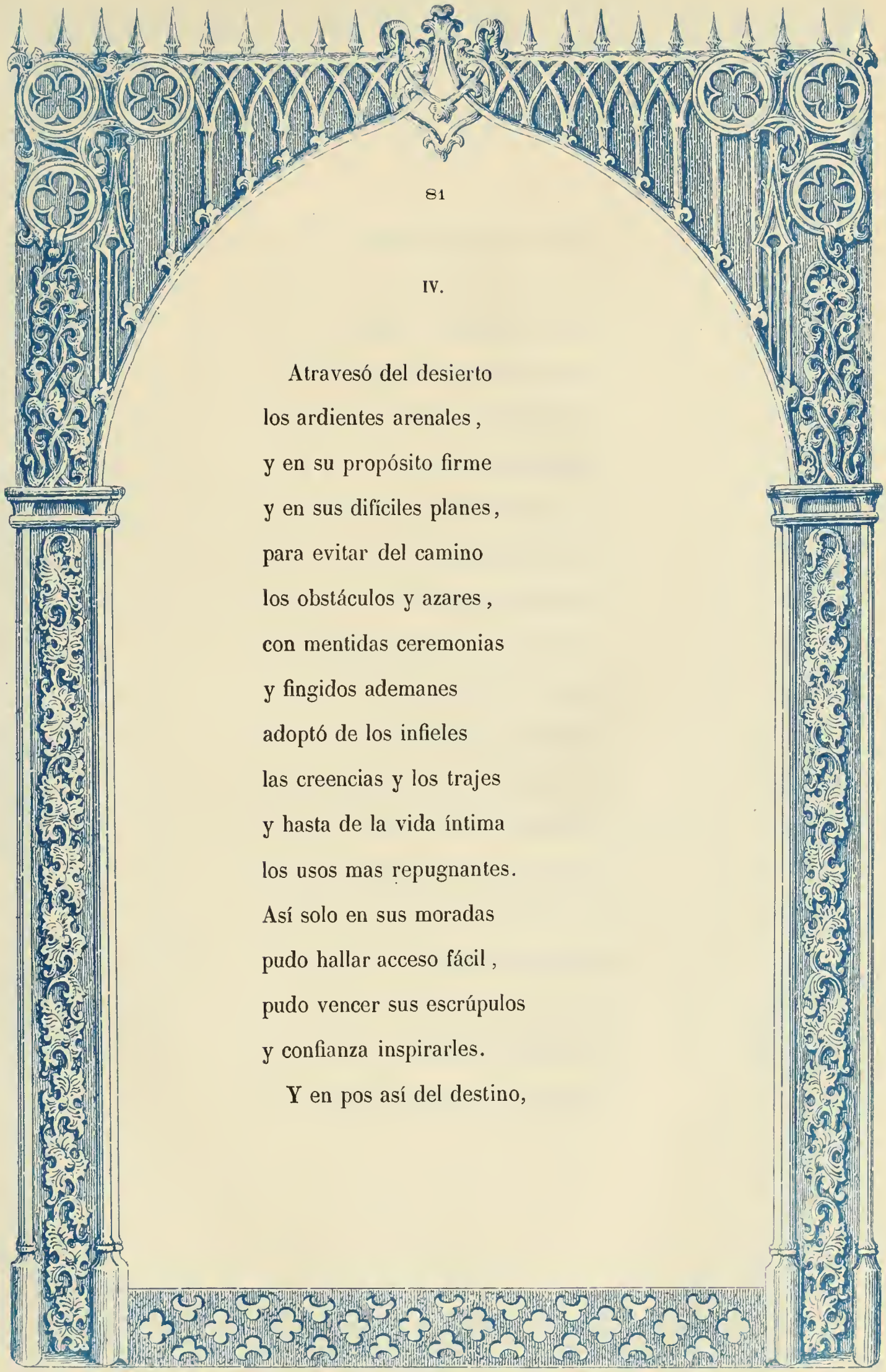
y noblemente en el campo
sabrás vengar el ultraje.
¡Júra por mi eterna gloria
que mientras tu honor no laves,
ni á ver volverás tus hijos
ni á pisar los pátrios lares!»—
Y lo juró. Desde entonces,
frio, reservado, grave,
á solas con su secreto
y sus contínuos afanes,
sufriendo, sin que su pena
comprender pudiese nadie,
fué concentrando el valor
de su espíritu jigante
para el momento supremo,
para aquel terrible trance
en que era precisa toda
la resignacion de un mártir.

III.

Despídese el caballero
que al Africa ya se parte.
Enjutos tiene los ojos,
el alma en su aliento sale,
diciendo al fin con suspiros
lo profundo de sus males.
Viérais á los pequeñuelos
verter lágrimas á mares,
viérais á la dulce esposa,
viérais á la anciana madre,
abrazando al caballero
y en las megillas besándole.
Allí le hablaron las dos,
bien las oireis querellarse.
—¿A dónde irás, el mi esposo,
del mar por las soledades
que encuentres estas delicias

que en mi amor puedo brindarte?
—¡Hijo, mi adorado hijo,
el dolor que me causaste
al nacer al mundo, vuelva
mil veces á atormentarme!
Pero el dolor de no verte
¿cómo podré soportarle
si ya me siento sin vida
y aun de mí no te alejaste?...—
Lágrimas, quejas, suspiros
y súplicas, todo en valde,
que es el honor lo primero
para quien honrado nace,
y juramentos obligan
á corazones leales.
Y allá corre el caballero
del ancho mar por la márgen;
llega al puerto, ya está á bordo,
leva sus anclas la nave,
hincha las lonas el viento

haciendo crugir los mástiles,
y corta espuma la quilla,
lucha con el oleaje,
y álzase osada la proa
y en el abismo se abate,
y vuela... y allá se pierden
el esposo, el hijo, el padre.
Sus prendas las mas queridas,
sin aliento, jadeantes,
la turbada vista tienden
por los límpidos cristales,
y allá, sobre el horizonte,
entre rosados celajes,
finjen de alguna esperanza
consoladoras imágenes.
—Ojos que te vieron ir
por los procelosos mares,
¿cuándo volverán á verte,
desdichado navegante?



IV.

Atravesó del desierto
los ardientes arenales,
y en su propósito firme
y en sus difíciles planes,
para evitar del camino
los obstáculos y azares,
con mentidas ceremonias
y fingidos ademanes
adoptó de los infieles
las creencias y los trajes
y hasta de la vida íntima
los usos mas repugnantes.
Así solo en sus moradas
pudo hallar acceso fácil,
pudo vencer sus escrúpulos
y confianza inspirarles.
Y en pos así del destino,

triste, febril, delirante,
solo con sus desventuras
cruzó por montes y valles;
y las aldeas mas pobres,
y las mas ricas ciudades,
y palacios opulentos,
y humildes chozas y aduares
visitó con ánsia loca
su espíritu infatigable.
Y aunque do quiera buscaba
la familia de los Galbes,
los Galbes no parecian
y él siempre, siempre adelante.
—Mirando el sol en ocaso
desde los muros de Tánger,
un dia con sus recuerdos
endulzaba sus pesares.
Acercósele una mora
con ademán suplicante,
llevando en sus brazos débiles

y entre rasgados pañales
una niña que dormia
con el sueño de los ángeles.
—Bendígate Alá, le dijo.
—Anciana, que Dios te guarde.
—Si es cierto que allá en España
prendas de tu amor dejaste,
y es cierto que hay mas piedad
en los que cristianos nacen,
renegado misterioso,
por tu vida que te apiades
de la pobre huerfanita
que su infortunio no sabe.
—¡Qué hermosa!... ¡duerme!... mas siento
que sus manecitas arden.
—Siempre con fiebre despierta,
llora porque tiene hambre,
y yo la cubro de besos,
pero mi amor no es bastante.
Burláronse de mis súplicas

las kábilas montaraces,
y aquí todos ven mi llanto
mas no le comprende nadie.
¡Tu lloras! tu le comprendes
y tu sabrás consolarme.
Ese sol que muere triste
alegremente renace;
pero si muere la niña
huérfana de padre y madre,
no puede renacer nunca
la familia de Aben-Galbe.
—¿Del pirata aventurero
que fué terror de los mares?
—En el mar se hundió su gloria
y en él su fortuna yace.
Pero si á Dios irritaron
su ambicion y sus maldades,
no, no es justo que sus culpas
esta pobre niña pague.
—Y tu ¿quién eres, anciana,

que en su suerte tomas parte?
— Yo soy una rama seca
del árbol de su linaje,
y ya sin savia, sin vida,
lleva sus hojas el aire.
—Por Dios te calles, anciana,
anciana, por Dios te calles,
que con tus revelaciones
mis esperanzas mataste.
Es un misterio mi vida,
á comprenderle no alcances;
yo de la niña me apiado
y esto á tu ventura baste.
Mañana al morir el sol
aquí vendreis á esperarme,
y tendreis pan, y ya nunca
podrá rendiros el hambre,
y cobrará nuevo aliento
la familia de Aben-Galbe.
—¡Dios á tus hijos bendiga

en premio de tus bondades
y á los hijos de tus hijos!...
—¡Anciana, que Dios te guarde!—
Y perdido entre la sombra
fué poco á poco alejándose,
llorando el mísero muertas
sus esperanzas falaces.

V.

Y al dia siguiente estaban
al declinar de la tarde
la anciana y la pobre niña
donde aquel sublime mártir
endulzó sus infortunios
puro consuelo prestándoles.
Y la anciana conmovida
le dirigió tiernas frases,
lágrimas de gratitud
corrieron por su semblante,

mientras la niña dormida
sonreia como un ángel
cual si en aquel dulce sueño
su fortuna adivinase.

Y el infeliz renegado
huyó desde aquel instante
del trato de los infieles,
abandonó las ciudades,
vagó, vagó por desiertos
y al fin vino á refugiarse
en esa empinada roca
con su destino implacable,
triste, con el alma herida,
pero resignada, grande.

Juró como honrado y noble
la venganza de un ultraje,
y en el campo, cuerpo á cuerpo
siendo imposible vengarle,
cumplió el juramento solo
por la gloria de sus padres;

y aunque sus puros afectos
con dulce voz le llamasen,
ni á sus hijos vió ya nunca
ni pisó los pátrios lares.
Y ¿sabeis por qué su espíritu
fué por fin á levantarse
sobre la roca gozando
con sus tristes soledades?
Porque en los dias serenos,
entre las lomas distantes,
desde allí de su Algeciras
divisaba los hogares,
y las torres de sus templos
y las copas de sus árboles.
Porque desde allí creaba
con su corazon amante
el mundo de sus afectos,
de sus goces celestiales,
y recibia suspiros
de los hijos, de la madre,

de la esposa que esperaban
al perdido navegante.
Y cuando del claro sol
iba la luz apagándose,
cubriéndose el horizonte
con las brumas de la tarde;
cuando las auras gemian,
se lamentaban las aves
y era mas lento el murmullo
del mar que las rocas bate;
entre aquellos mil sonidos
tristes, vagos, discordantes,
y confundiendo ilusiones
con benditas realidades,
oir pensaba los ecos
de la campana vibrante
que llegaban melancólicos
á la oracion convidándole.
Y entonces allá en la mente
contemplando alguna imágen,

aquel combatido espíritu
lograba fortificarse,
orando al Dios de su Pátria
con la pura fé de un ángel.
Y así su doliente vida
fué poco á poco acabándose,
sin que nunca los misterios
á alcanzar llegase nadie
del sentimiento profundo
del alma triste y errante
que hallar no pudo el consuelo
de sus eternos pesares.

ROMANCE XI.

Una misa solemne.—Ellos y nosotros.

I.

DESCARMENTADAS, deshechas
aquellas hordas feroces
que á ocultar fueron su ruina
en la Sierra de Bullones;
desde aquel dia terrible
en que se hundieron de un golpe
con su fanático aliento
sus armas y sus pendones,

solo atacaron dos veces
y en los valles y en los montes
ellos fueron los vencidos,
nosotros los vencedores.
Y lo que valen mostraron
en aquellas dos acciones
el buen Conde de Paredes
y de Reus el buen Conde.
Mas ¡ay! que siempre los lauros
que nuestra Pátria recoje
son regados con la sangre
de sus hijos los mas nobles.
Y ¿qué mucho que la Pátria
de Molins la muerte llore,
aunque allá sobre su tumba
eternos laureles broten,
si era el Coronel bizarro
modelo de campeones,
tan sereno en los peligros
como prudente en las órdenes?...

II.

Es el quince de diciembre.
Por disposicion de O-Donnell
ya se celebra la misa
que todos los cuerpos oyen,
porque los hermanos de armas
que ganada tumba esconde,
de Dios, de su eterna gloria,
cual puros mártires gocen.
¡Bendito, sublime instante!
Ya las músicas acordes
llevan á los campamentos
los melancólicos sones
que para alzarse hasta Dios
al espíritu disponen.
¡Al ara pura y sencilla
ya se acerca el sacerdote;
sobre ella tiende sus brazos
el Redentor de los hombres

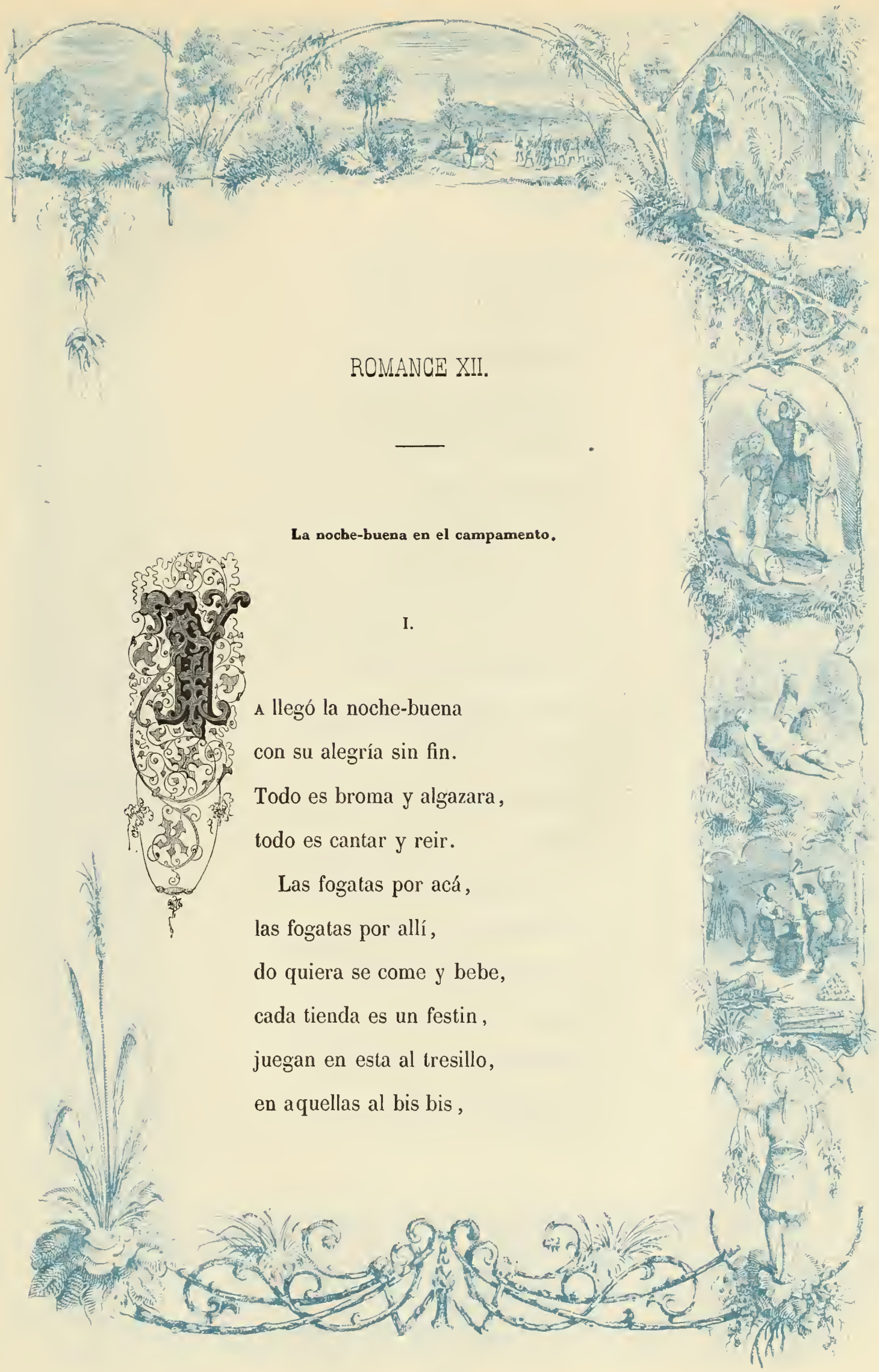
que con divinas miradas
alienta á los corazones.
El ara se alza en las peñas,
sin cintas, joyas ni flores,
y su dosel son las nubes
y es el sol que dora el monte
la lámpara de aquel templo
cuyas grandezas imponen,
que está allí la Magestad
del que domina los orbes.
Y ante ella rinden sus armas
los cristianos invasores,
y doblan la altiva frente
y en sentidas oraciones
apoyo encuentra su fé
porque la empresa corone.

III.

¿A dónde el bárbaro alarbe
impotente y ciego corre

cuando el Dios de los Ejércitos
á su arrogancia se opone?
Los de las cruces benditas
lidian hoy con fuerzas dobles,
y su nueva enseña tienen
en los sagrados blasones
de los estandartes régios
que anuncian triunfos mayores.
Quince mil son los infantes,
mas de mil son los bridones
que descienden de la sierra
en gruesas masas informes.
Grupos de distintas tribus
por la izquierda el fuego rompen,
atacan el centro y luego
por toda la línea córrense.
Y con nutridas descargas
nuestros valientes responden,
y truena la artillería
y en los barrancos y bosques

van á ocultarse las kábilas,
y dando terribles botes
lánzanse allá los ginetes
cual fantásticas visiones,
raudos el aire batiendo
con sus blancos albornoces.
¡Brillante fué la jornada!
Ya vuelven los batallones,
y al frente Gasset, García
y Ros de Olano y O-Donnell.
Y así tras los africanos
avanzan los españoles...
Ellos siempre los vencidos,
nosotros los vencedores.

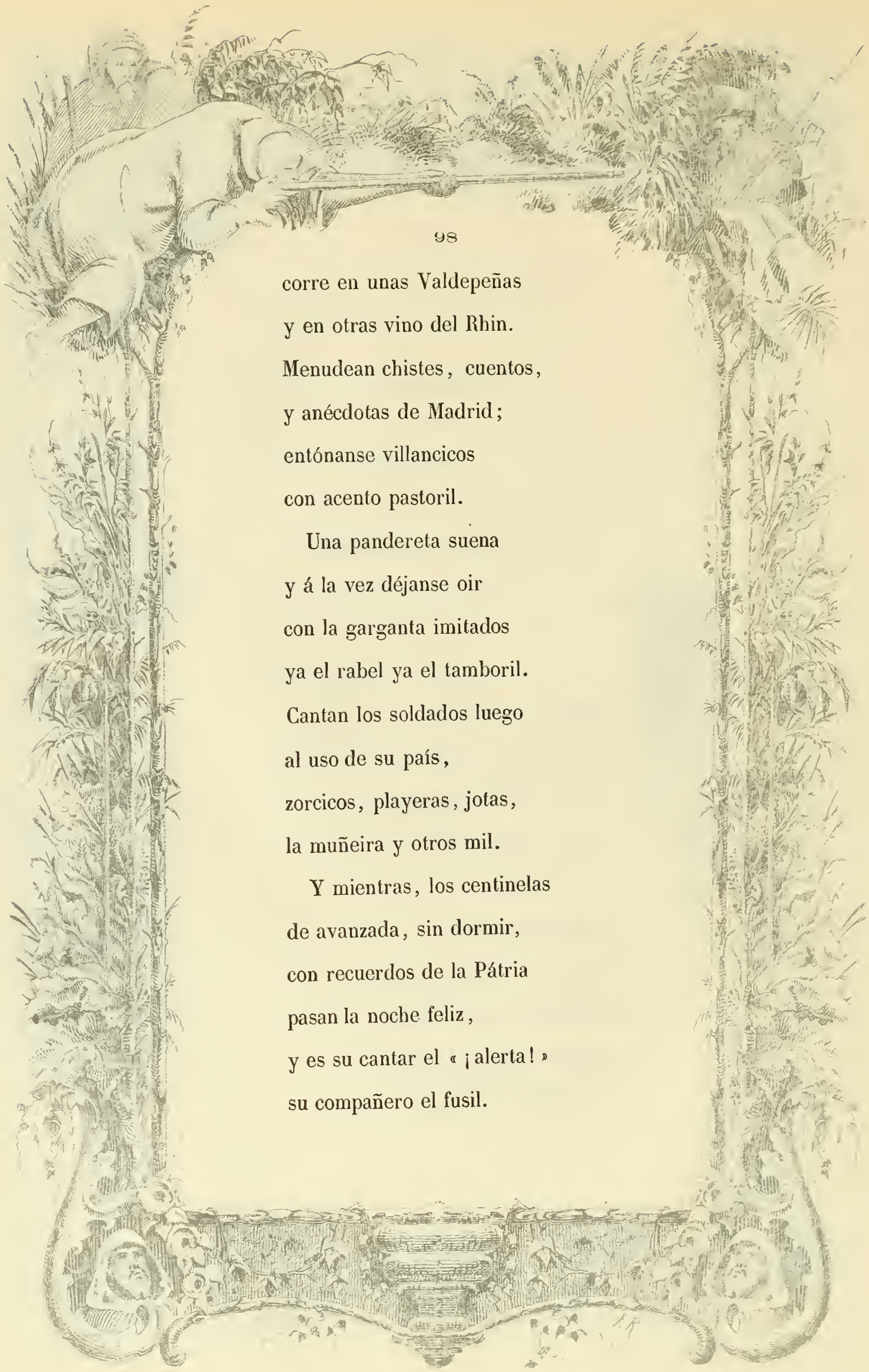


ROMANCE XII.

La noche-buena en el campamento.

I.

Llegó la noche-buena
con su alegría sin fin.
Todo es broma y algazara,
todo es cantar y reir.
Las fogatas por acá,
las fogatas por allí,
do quiera se come y bebe,
cada tienda es un festin,
juegan en esta al tresillo,
en aquellas al bis bis,



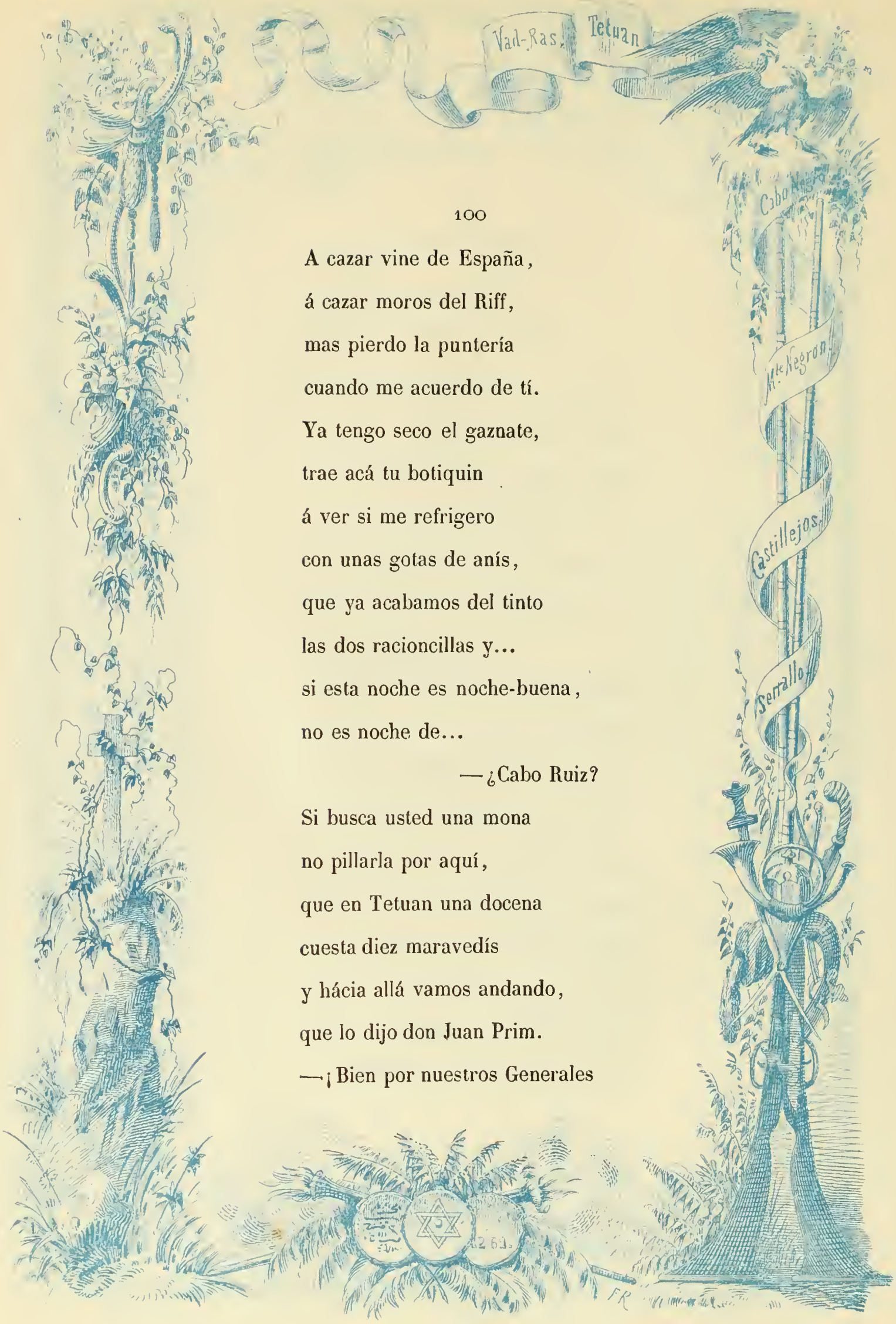
corre en unas Valdepeñas
y en otras vino del Rhin.
Menudean chistes, cuentos,
y anécdotas de Madrid;
entónanse villancicos
con acento pastoril.

Una pandereta suena
y á la vez déjanse oir
con la garganta imitados
ya el rabel ya el tamboril.
Cantan los soldados luego
al uso de su país,
zorcicos, playeras, jotas,
la muñeira y otros mil.

Y mientras, los centinelas
de avanzada, sin dormir,
con recuerdos de la Pátria
pasan la noche feliz,
y es su cantar el « ¡alerta! »
su compañero el fusil.

II.

—¡Venga acá la cantinera!—
dice el cabo Pedro Ruiz
que es galante con las mozas
y con los moros un Cid.
—¿Qué quiere á la cantinera
el buen cabo?...
— Ven aquí;
que quiero ver ese rostro
de bendito serafin,
y ese garbo y esa gracia
y ese modo de decir
que me tiene mas difunto
que el moro Julun-Jilin
que escabeché la otra tarde
de un golpe de bisturí.
—¿Y es de veras, cazador?
—Lo mismo que he de morir.



A cazar vine de España,
á cazar moros del Riff,
mas pierdo la puntería
cuando me acuerdo de tí.
Ya tengo seco el gaznate,
trae acá tu botiquin
á ver si me refrigero
con unas gotas de anís,
que ya acabamos del tinto
las dos racioncillas y...
si esta noche es noche-buena,
no es noche de...

—¿Cabo Ruiz?

Si busca usted una mona
no pillarla por aquí,
que en Tetuan una docena
cuesta diez maravedís
y hácia allá vamos andando,
que lo dijo don Juan Prim.
—¡Bien por nuestros Generales

que valen un Potosí!
Con ellos hacen mas cuatro
que con otros cuatro mil.—
¡Y llueve!... Y allá á lo lejos
nunca se deja de oir
la voz de las avanzadas,
y toda la noche así,
su cantar es el «¡alerta!»
su compañero el fusil.

III.

¡Noche-buena, noche triste!
¿Cómo han de dormirte, dí,
si les brindas con recuerdos
que no les dejan dormir?
¡Qué oscuridad!... Son las doce,
suspira el aura sutíl,
y llora el ave nocturna,
y óyese al Ponto rugir.

Ya nadie canta ni rie,
todos tienen ante sí
los cuadros de lo pasado,
las nieblas del porvenir.
Madres, amantes y hermanas,
en esta noche, decid,
¿No echais de menos las prendas
para cuyo amor vivís?...
Madres, amantes y hermanas,
por ellas á Dios pedid,
que está de parto la Vírgen
y vosotras no dormis.
¡Noche de santos recuerdos,
sus horas no tienen fin!
Y por eso en muchas tiendas
con inocencia infantil,
al fulgor de las bugías
que se cansan de lucir,
revélanse los amigos
muchos afectos que allí

dan consuelo á los mas tristes
y los hacen sonreir.
Pero vagas, á lo lejos,
¡ Oid las voces, oid
que las firmes avanzadas
no cesan de repetir!...
Su cantar es el « ¡ alerta ! »
su compañero el fusil.

ROMANCE XIII.

Felices pascuas.—Por tierra y por mar.

I.

Tras la noche-buena vino
feliz y alegre la pascua ;
alegre para el soldado,
feliz para nuestra Pátria.
Que mal disfrutan del ócio
y del vagar de las armas
los que esperando la aurora
sueñan con nuevas batallas ;
los que ilustrando su nombre
con sus brillantes hazañas,

jamás, ni aun despues del triunfo
sobre los lauros descansan.

Mala la hubieron los moros
por su ciega confianza;
que hallar pensaron rendidas
al nacer la luz del alba
á las tropas que gozaron
noche de grande algazara,
llevando hasta sus guaridas
himnos de la fé cristiana.

Pero el General en Jefe
que á los moros esperaba,
en los puestos avanzados
mandó redoblar las guardias
y encomendó la cautela
y la mayor vigilancia.

Resuena en los campamentos
el vivo toque de diana,
y á sus alegres sonidos
responde la voz de ¡alarma!

Que ya del vecino bosque
brotan las fuerzas contrarias
y hasta tocar las trincheras
con furia terrible avanzan.
Y á lo largo de la línea
se estienden despues y amagan
envolvernos pretendiendo
invadir en desbandada
el valle de Tarajár
donde el Ejército acampa.
Pero el General Turon,
el soldado de gran fama
ya con sus valientes llega
y al enemigo rechaza.
El denodado Cervino
allá va con su brigada,
y Mogrovejo y Otero
y el mismo Ros que comanda
el heróico cuerpo acude
donde el peligro le llama.

Con la division segunda
luego el General Quesada
de Tetuan sobre el camino
por la estrema izquierda marcha.
Y mas de quinientos moros
que avanzando por la playa
fueron á emboscarse en una
de las mas hondas cañadas,
sorprendidos y diezmados
por nuestras brillantes cargas,
huyen cubriendo las rocas
con sus municiones y armas.
Y donde quiera deshechas
aquellas tropas fanáticas,
estréllanse con su furia
contra la elevada táctica
del gran caudillo que rige
los destinos de la Pátria,
contra los dignos esfuerzos
del tercer cuerpo que alcanza

con su Jefe Ros la gloria
de tan brillante jornada.
Y para nuestros hermanos
así aparece la pascua,
de fresco laurel ceñida,
con nuevos timbres ornada.
Seguid, seguid escuchando
en sus romances al alma,
que aunque es humilde su acento
mas grandes victorias canta.

II.

¡Veintinueve de diciembre!
¡Como el corazon se embriaga
con los recuerdos de un dia
de tal prez y gloria tanta!
Los infieles atacaron
al batallon de *Vergara*
que firme á los incansables

ingenieros apoyaba
en la senda de Tetuan
que la del triunfo señala.
Dejemos al tercer cuerpo
en las ásperas montañas
arrollando vigoroso
á aquellas feroces kábilas,
de sus fuertes posiciones
con denuedo rechazándolas.
Contemplemos á los puros
fulgores de la mañana
el horizonte sereno,
la mar limpia y sosegada.
Todo anuncia la alegría
de un pueblo que se levanta
para recordar al mundo
su inmensa gloria pasada
Van á tronar los cañones
que en Lepanto retumbaban,
anunciando sus acentos

á las naciones estrañas
la resurreccion magnífica
de aquella invencible armada
que impuso al orbe sus leyes
y que en sus empresas árduas,
hasta las soberbias olas
vió de su poder esclavas.
¡Ved!... Sobre el limpio cristal
ya se desliza la escuadra.
Es el vapor *Vasco Nuñez*
nuestra nave capitana,
despues siguen otras nueve,
entre ellas *Princesa* y *Blanca*,
Colon, *Isabel Segunda*,
Villa de Bilbao; y marchan
para el combate dispuestas,
baterías destrincadas,
divisándose á lo lejos
de Tetuan las torres altas,
de los fuertes de la ria

las almenas artilladas.

Ya doblan el Cabo Negro,
ya penetran en la rada,
y óyese un ¡viva la Reina!
y *Vasco Nuñez* dispara,
y sigue luego *Isabel*,
y despues las dos fragatas
dirigen al mismo tiempo
de estribor las andanadas.

La batería rasante
del infiel sus fuegos lanza,
y la *Villa de Bilbao*
ya con los suyos la abrasa,
y al verla arder, en los buques
en medio de la algazara,
se mezcla la voz de ¡fuego!
con gritos de ¡viva España!...

Ya el fuerte se desmorona
y sus baterías callan
y son hundidas, deshechas,

pasto de voraces llamas.

Y aun se vé sobre las ruinas
rota bandera africana,
y quieren nuestros marinos
entre el polvo sepultarla.

Pero el General Herrera
poner la señal ya manda
de *alto el fuego*, y así dice:
—Basta, mis valientes, basta,
yo no ofendo al enemigo
que enmudece ante mis balas.—

Noble frase del marino
que hoy hace honor á la raza
de los Gravinas y Ulloas,
de los Bazanes y Laurias.

Y así con rumbo á Algeciras
vuelve triunfante la escuadra
saludada en Cabo Negro
por un bagel de la Francia,
nacion que de nuestra ruina

marítima ayer fué causa
y que hoy admira en silencio
lo que ha de poder mañana
este pueblo que despierta
del sueño de la desgracia.
—Seguid, seguid escuchando
en sus romances al alma,
que aunque es humilde su acento
mas grandes victorias canta.

Pedr. Perez de Castro Litog.º

Lit. Militar S. Bernardino 7

BATALLA DE LOS CASTILLEJOS.

ROMANCE XIV.

Batalla de los Castillejos.

I.

Con victorias despidieron
al año las tropas nuestras
y todavía los gritos
del postrer combate suenan.
¡Oh! ¡qué brillante es la aurora
que el año nuevo presenta!
¡Qué ricos lauros anuncia,
qué magníficas diademas
para los héroes ilustres
que crueles ultrages vengan!...

¡Bien venido, bien venido
el año de las proezas,
el de la española gloria,
el de la ruina agarena,
el que en la fé del cristiano
la luz á los ciegos muestra!
Terrible será la lucha
con que empiece su carrera,
solemnes serán las horas
de la batalla sangrienta.
Óyese el toque de diana
y avanza ya la reserva
con su General al frente
de nuestro honor por la senda.
Detrás va O-Donnell midiendo
con su noble inteligencia
cuanto con aquel gran paso
la Pátria gana y arriesga.
Y con el segundo cuerpo
Zavala la marcha cierra,

ilustre enfermo que busca
los peligros porque sean
sus nuevos timbres de gloria
bálsamo de sus dolencias.

Hoy no apoyarán al moro
para sus mañas arteras
las ventajas de un terreno
que fué su mayor defensa.
Solo el escesivo arrojo
y el calor de la pelea
podrán sacarnos del valle
cuya posesion nos lleva
hasta la ciudad sagrada
por mas fáciles veredas.

Ya Prim con sus batallones
se hace dueño sin gran pérdida
de la casa Marabut,
y entre tanto con destreza,
artillería de mar
y artillería de tierra

barren el llano y el bosque
y el valle por nuestro queda.
Allí los bravos marinos
que con júbilo contemplan
de sus tiros el efecto,
á bordo se desesperan
y ánsian gloria mas brillante,
y tomar parte desean
en los peligros que corren
sus hermanos, y ya dejan
los buques, y á tierra saltan,
y descienden por las peñas,
y únense á la infantería,
y con Lobo á la cabeza
lidian con teson y vencen
dando vivas á la Reina
y á la Pátria y al Ejército
que con sus vivas contesta;
y el mar los ecos repite
y en las montañas resuenan.

II.

A invadir el ancho valle
vuelven las contrarias fuerzas
que crecen con las que avanzan
por las cañadas de Anghera
Los grupos de los infantes
por los riscos se descuelgan,
y saltan, hieren y rugen
como acosadas panteras.
¡Hélos, hélos por do asoman!
ya vienen en son de guerra,
ya vienen ginetes moros
tremolando cien banderas.
En raudos potros cabalgan
dejando las bridas sueltas
por blandir con ambas manos
armas en que el sol refleja.
Con las desnudas rodillas

á los corceles estrechan
que ya galopan unidos,
ya saltando se dispersan,
hacen giros caprichosos,
gallardos caracolean,
recelosos de su sombra
escarban la ardiente arena
y la salpican de espuma
dando botes de impaciencia.

Y flotan los alquiceles
que con los broches sujetan,
y bajo el jaique bordado
las arrogantes y esbeltas
figuras álzanse firmes
en las sillas arabescas.

Y así poco á poco avanzan,
y cuando pisan la yerba
del valle de Castillejos,
con la mirada penetran
en el fondo y un instante

á nuestro Ejército observan.

Y siguen, siguen su marcha,
y á poca distancia llegan
de nuestra caballería
que, aunque escasa, se impacienta
por cargar contra los moros
que en desbandada se acercan.

Allá van nuestros valientes
húsares de la Princesa,
y animan á sus bridones
y derriban y atropellan
cuanto se opone á su paso
y al afan que los inquieta.

Sobre cadáveres moros
con ímpetu ardiente vuelan
cual sobre tronchados árboles
los soplos de la tormenta.

Vedlos allá, sable en mano,
ensangrentada la espuela,
tendida la faz sudosa

sobre las crines revueltas.

¡Oh! bajo aquellos dormanes
los corazones alientan
de los cristianos guerreros
de las mas gloriosas épocas,
los de los ferrados trajes,
los de las cruces bermejas.

Y allá van tras los ginetes
que con torpe estratagema
fingen huir arrastrándolos
á las cañadas estrechas
donde se ocultan las kábilas
de noble sangre sedientas.

Mas ellos no ven peligros
y rápidos atraviesan
entre el mortífero fuego
que brota de las malezas.
Y caen, y en las hondas zanjas
revuélvense á duras penas,
y lidian siempre avanzando

sin proferir una queja.

Ya miran allá en el fondo,
ya miran como blanquean
del campamento enemigo
las diseminadas tiendas.

Y allá corren nuestros húsares,
y ya penetran en ellas
dando tajos y estocadas
sin un momento de tregua.

Del caballo, mal herido
cae el Teniente Abaurrea,
y el cabo Perez Navarro
le salva de muerte cierta
recogiéndole en su silla
y acorralando á las fieras:
que de *valor* y *piedad*
los nuestros dan altas pruebas,
y hay tantos *Franciscos Lopez*
como en el mundo *Academias*.

Pero allá va Pedro Mur

á ofrecer en lid abierta
nuevos timbres á la Pátria
con una rota bandera.
La tremola un africano
que, con músculos de atleta,
va revolviendo su potro
por el llano y la ladera.
En pos el valiente cabo
lánzase con entereza,
y chocan los dos ginetes,
y despiden mil centellas
el sable y el corvo alfange,
y al estandarte se aferra
el heróico Mur, derriba
de una estocada tremenda
al infiel y hácia los suyos
vuelve con su rica presa.

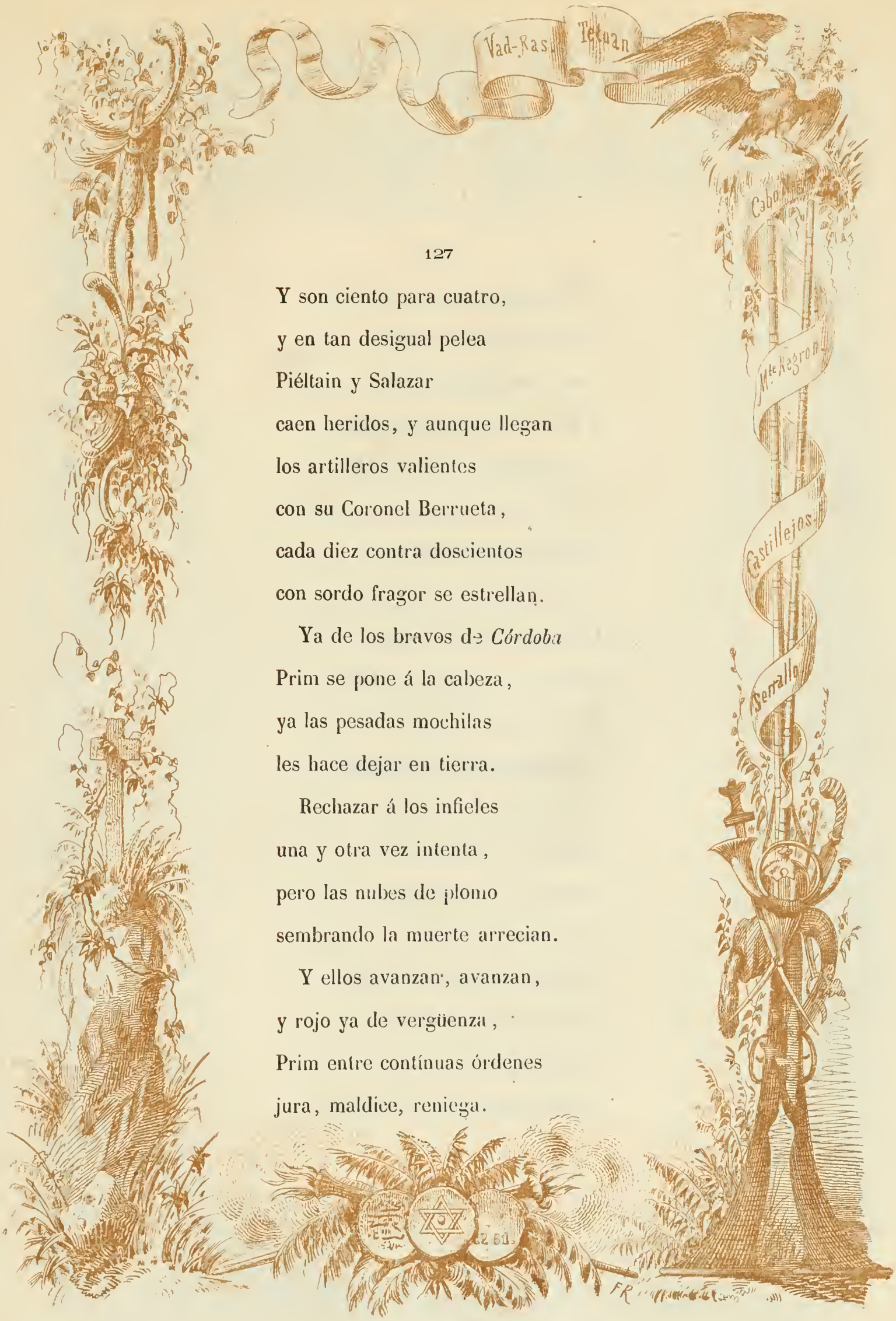
Y ya los dos escuadrones
retornan sufriendo pérdidas,
deshechos, mas victoriosos,

diciendo al mundo con letras
de su ilustre y pura sangre:
— «¡Por su Pátria y por su Reina,
mas allá van los bizarros
húsares de la Princesa!» —

III.

Y entre tanto los infieles
del valle se enseñorean
y sus huestes formidables
con nuevos grupos aumentan.
Desalojarlos del cerro
que ocupan es gran empresa,
y bien el caudillo sabe
al bravo que la encomienda.
Ya Prim con los de *Luchana*
Vergara, *Príncipe* y *Cuenca*,
se hace dueño de la cumbre
tras obstinada refriega.

Desde allí vé el campo moro
donde su sangre vertieran
Fuente-Pelayo y Aldama
y Salvadores y Herrera.
Y secundar la embestida
de los húsares anhela,
pero sus ímpetus nobles
y su ardor O-Donnell templa.
Porque el General en Jefe
con su admirable prudencia,
siempre al dar un paso mide
cuanto vale y cuanto cuesta.
Mas ¡ay! que con doble furia
vuelven á atacar las fieras
que surgen centuplicadas
detrás de arbustos y peñas.
Y otra vez toman el cerro,
y otra vez vencidas ruedan,
y vuelven á levantarse
y á luchar con insistencia.



Y son ciento para cuatro,
y en tan desigual pelea
Piéltain y Salazar
caen heridos, y aunque llegan
los artilleros valientes
con su Coronel Berrueta,
cada diez contra doscientos
con sordo fragor se estrellan.

Ya de los bravos de *Córdoba*
Prim se pone á la cabeza,
ya las pesadas mochilas
les hace dejar en tierra.

Rechazar á los infieles
una y otra vez intenta,
pero las nubes de plomo
sembrando la muerte arrecian.

Y ellos avanzan, avanzan,
y rojo ya de vergüenza,
Prim entre contínuas órdenes
jura, maldice, reniega.

Ya en sus manos de la Pátria
el noble estandarte ondea,
y afírmase en los estribos,
y esclama con voz tremenda:
—«¡Soldados, esas mochilas
son de vuestro honor las prendas!
Si caen en poder del moro
lo serán de vuestra afrenta.
La honra lleva de España
quien hoy su estandarte lleva,
si me abandonais cobardes,
de España sereis la mengua.»—
Y lánzase al enemigo
aquel génio de la guerra,
vehemente y arrebatado,
y le circundan espesas
nubes de inflamada pólvora,
mil y mil tiros le asestan
y llueven ardientes balas
que al nuevo Aquiles respetan

Ya con las hordas salvajes
nuestros batallones cierran,
con las cortantes gumías
crúzanse las bayonetas,
y en la disputada altura
que sangre abundosa riega,
siempre con la voz de mando
el son de ataque se mezcla
que á un tiempo anima á los nuestros
y á los infieles aterra.

Y allá el invicto Zavala
con disciplinadas fuerzas,
dando ejemplo de heroismo,
apoya por la derecha
al inmortal adalid
que dueño del campo queda.

Y se oyen aclamaciones
á la Pátria y á la Reina,
y aun las montañas repiten
los ecos de las cornetas,

y el relinchar de los potros
y el crugir de las cureñas
y la voz del moribundo
que al espíritu amedrenta.
Y trasponiendo las cumbres,
ya las huestes agarenas
van á llorar la derrota
á su ciudad predilecta.
¡Tetuan, la perla preciada
de los hijos del Profeta!
Allá van los invasores,
allá los que agravios vengan,
los que por triunfos brillantes
las luchas terribles cuentan,
los que á su paso no hallan
obstáculos que no venzan.

ROMANCE XV.

Monte-Negron.—Noche del 7 de enero.

I.

Pia de los Santos Reyes,
¿por qué tu estrella se nubla
y en pos de tu sol tan triste
viene otro sol que no alumbra?
Cargado está el horizonte,
cargado de negras brumas,
estragos el mar presagia,
horrores el cielo anuncia.
¿Qué importa? Nuestros soldados
ni se abaten ni se turban,
avanzar solo ambicionan
y el cómo no lo preguntan.
Ya reina en los campamentos

la animacion y la bulla,
y abatidas ya las tiendas,
vuélvese á emprender la ruta.
¡Qué difícil es el paso
del Monte-Negron! La altura
coronan los enemigos
que si peñascos derrumban,
gente y armas y caballos
bajo su poder sepultan.
Pero el arte de la guerra
favorece á quien le estudia,
con él nuestros Generales
de mil obstáculos triunfan.
Y así, por desfiladeros
todo el Ejército cruza,
teniendo á raya á los moros,
dejando atras las Lagunas.

II.

Sobre el valle Azmir acampan

nuestras marciales columnas,
sin que un momento el alarbe
aquel gran paso interrumpa.
Y es que está desalentado
desde las derrotas últimas,
y es que de los Castillejos
fué la leccion harto dura.
¡Oh! pero mas nos valiera
lidiar contra aquellas furias,
y resistir sus ataques,
y contrarestar su astucia;
que tener por enemigos
al huracan, á las lluvias,
á la tormenta que en vano
nuestros valientes conjuran.
Y ¡qué noche! Llueve á mares,
truenos prolongados zumban,
las tiendas el viento arrastra
si el agua no las inunda,
y ni una luz en el valle,

y el Monte-Negron á oscuras,
y el mar que brama á lo lejos
nuncio de mayor angustia,
todo imponente amenaza,
todo es horror y pavura.
Y la peste asoladora
ilustres víctimas busca,
y es en vano que la ciencia
con sus consuelos acuda,
si todos los elementos
contra la ciencia se juntan.
Y el soldado no se abate,
que alza la frente desnuda
y en el viento que la azota
la voz de la Pátria escucha.
Y si mas rudos pesares
á su corazon abruman,
ni su pecho se acobarda,
ni su fé desmaya nunca.

ROMANCE XVI.

I.

Tempestad.—Angustias.

-Donnell, atento siempre
á sus queridos hermanos,
nuevos horrores temiendo,
mayor pena recelando,
con el temporal terrible
que nos embaraza el paso
y sigue poniendo á prueba
la constancia del soldado,
desde la escarpada cumbre
que domina los pantanos,

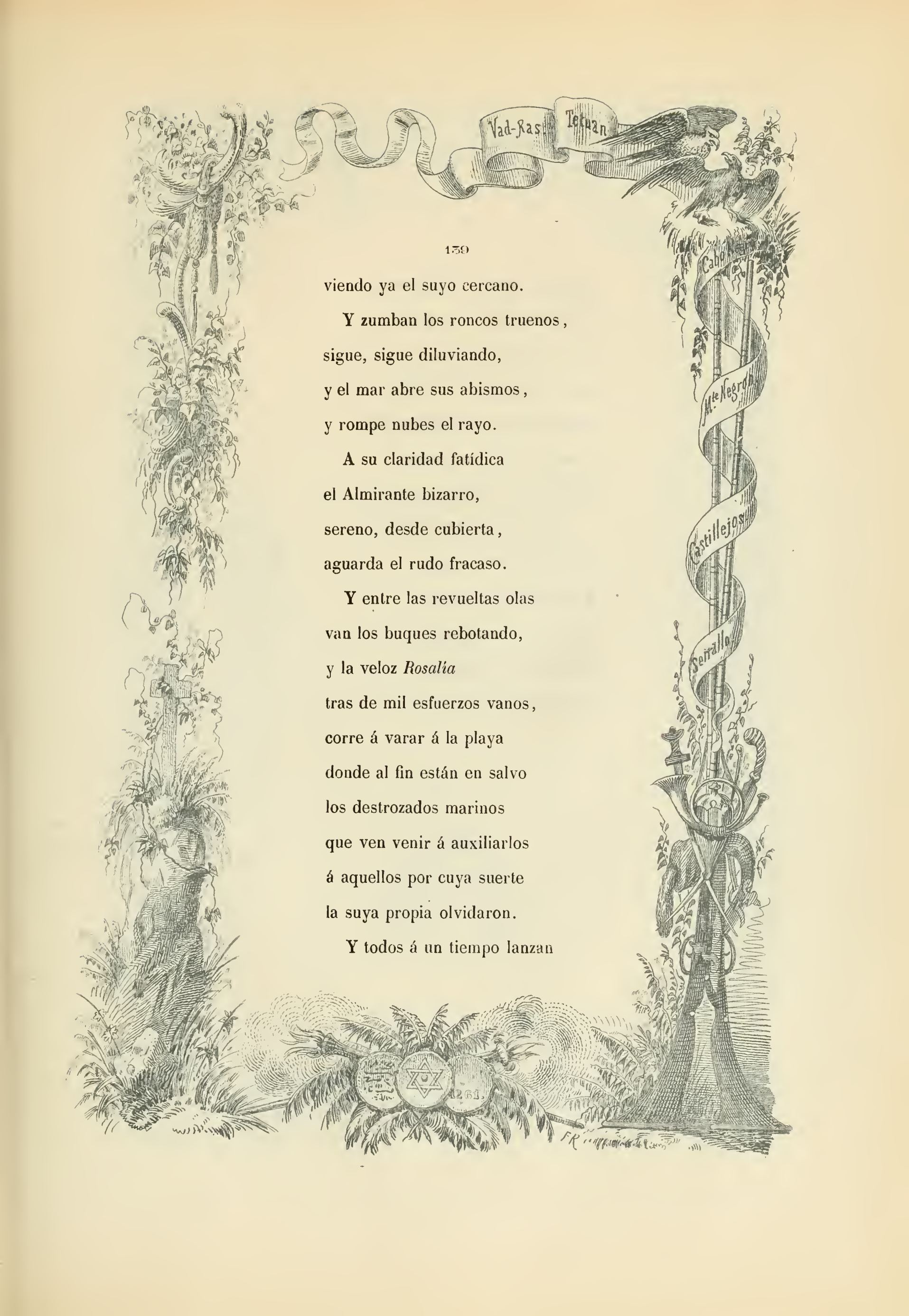
tiende sobre el mar la vista,
su buena estrella buscando.
Pero de su clara lumbre
ya se estinguieron los rayos,
y han muerto sus esperanzas
á la luz del desengaño.
¡Oh! no se vé ni un navío,
ni un vapor, ni un solo barco
sobre la estension inmensa
del mar que retumba airado.
¿En dónde está nuestra escuadra
que venia costeando,
siguiendo los movimientos
de los batallones bravos?
¿En dónde aquellos bageles
que encerraban en sus cascos
la existencia de un Ejército
celoso del honor pátrio,
vencedor entre las rocas
y en el monte y en el llano?

Un viento cimbró sus mástiles
de la tempestad presagio,
bravas las olas rugian,
y en sus cristales infaustos
retratábanse los cielos
de negras nubes preñados.
Y los bageles huyeron
montes de espuma salvando,
y si un momento se aguardan
se estrellan en los peñascos.

II.

¡Y allá van! y los marinos,
de peligros rodeados,
al mar y al viento se entregan
con viento y con mar luchando.
Pero mientras ven la costa
tienden hácia allí sus brazos,
hácia al áspero terreno

que conquistan palmo á palmo
y con su sangre fecundan
sus incansables hermanos.
Y entonces, triste y horrible
se les representa el cuadro
de la destruccion que aguarda
á aquellos infortunados
que ya con hambre, con peste,
sin la escuadra que es su amparo,
morirán, morirán solos,
y serán de fieras pasto,
y hermanas, madres y amantes
cuando vayan á buscarlos,
no hallarán cruces ni lápidas
en donde verter su llanto.
Y los piadosos marinos
de sí mismos olvidados,
piensan volver á la costa,
y ansían volar á salvarlos,
y agenos peligros temen



viendo ya el suyo cercano.

Y zumban los roncos truenos,
sigue, sigue diluviando,
y el mar abre sus abismos,
y rompe nubes el rayo.

A su claridad fatídica
el Almirante bizarro,
sereno, desde cubierta,
aguarda el rudo fracaso.

Y entre las revueltas olas
van los buques rebotando,
y la veloz *Rosalía*
tras de mil esfuerzos vanos,
corre á varar á la playa
donde al fin están en salvo
los destrozados marinos
que ven venir á auxiliarlos
á aquellos por cuya suerte
la suya propia olvidaron.

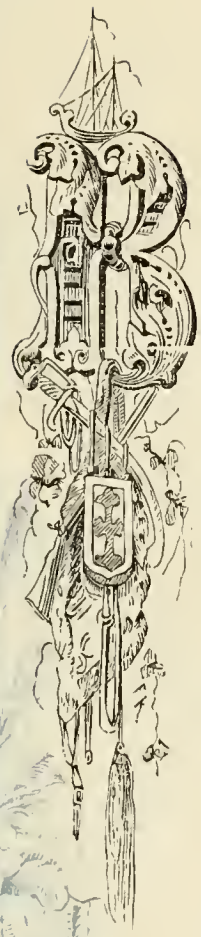
Y todos á un tiempo lanzan

gritos de amor y entusiasmo,
y se estrechan, cantan, rien,
y no miran entre tanto
que la tempestad no cede,
que el mar sigue rebramando
y anuncia con voz terrible
mil desastres, mil naufragios.
¡Ay de mi España querida,
si Dios deja de su mano
á los valientes guerreros
celosos del honor pátrio,
vencedores en las rocas
y en el monte y en el llano!...

ROMANCE XVII.

Tras la tempestad la calma.—Cabo-Negro.

I.



USTILLO, noble Almirante
que mil peligros arrostras
luchando al par con los vientos
y con las soberbias olas
por librar á tus hermanos
de su terrible zozobra!
De Cisneros y Gravina
te saludan hoy las sombras
ofreciéndote sus lauros
desde el templo de la gloria,

porque á su bendita Pátria
con hechos tan grandes honras.
¡Oh! cómo al alma consuelan
la blanca luz de la aurora
y el puro azul de los cielos
tras la maldecida sombra
de la tempestad horrible
de eterna y triste memoria!
¡Bienvenida, bienvenida,
suave luz consoladora!
Con gozo te ve mi España,
con entusiasmo las tropas,
y en tí Zavala el bizarro
á quien las dolencias postran,
despues de tantas angustias
halla su esperanza hermosa.
Pero ¡qué triste espectáculo
en la playa y en las rocas!
Allí las perdidas prendas
de la malparada flota,

allí los tronchados mástiles
de otros buques de la costa,
y despojos de los náufragos
que el agua enturbiada arroja.

Aun el mar las altas peñas
bate con furia espantosa,
y cien veces de Bustillo
la resolucion heróica
contra aquel poder se estrella
que contrastar ambiciona.

Mas la voluntad gigante
los grandes intentos logra,
y ¡vedlo! nuestros bageles
tras los peñascos asoman,
nuncios de santa alegría
que amargos recuerdos borra,
porque ellos traen la existencia
de los que son en buen hora
firme sosten de la Pátria,
defensores de su honra.

II.

¡Adelante, y atras queden
montes y cañadas hondas!
Adelante, los soldados,
huyan las salvages hordas
que del alto Cabo-Negro
el gran paso nos estorban.
Y avanzan, avanzan siempre,
y unos á otros se apoyan,
y hacen fuego, trepan ágiles
por las enriscadas lomas,
y á los espantados moros
de sus puestos desalojan,
y peñas y matorrales
riegan con sangre preciosa.
Arriba ya los valientes;
por cientos los tigres brotan;
si atacan los de *Castilla*,

vengan por miles ¿qué importa?
¿Los veis? Ya sobre la cumbre
nuestra bandera tremolan,
y hasta sus propios aduares
á los infieles acosan.
¡Alto! Tended ya la vista
por las vegas deliciosas,
mirad la perla preciada
de los hijos de Mahoma.
Vuestra será, mis valientes,
vuestras hazañas lo abonan,
sois españoles y honrados,
y para el intento sobra.

ROMANCE XVIII.

Prisioneros moros.—Caridad cristiana.

I.

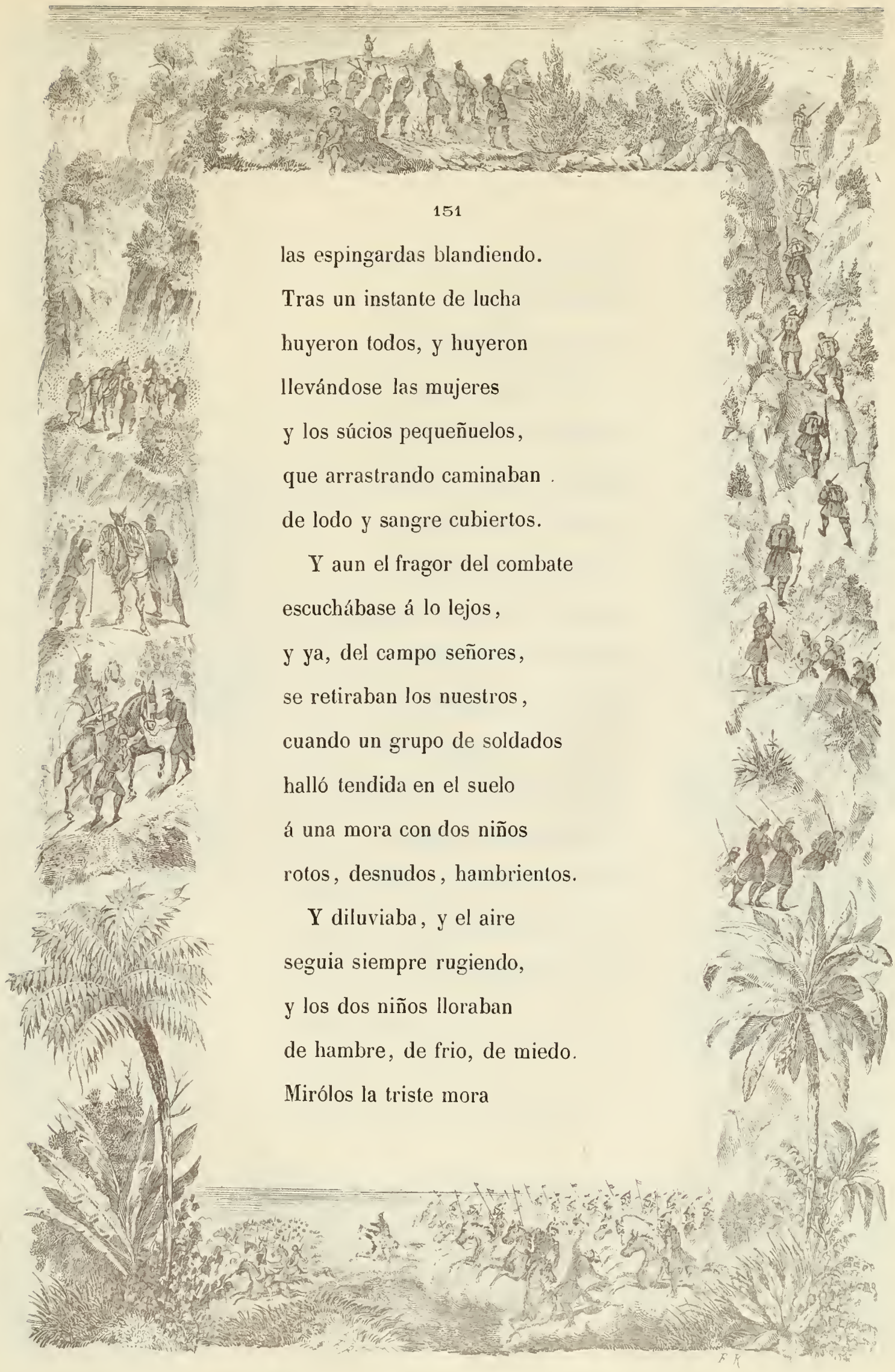
Cinco moros hay en Ceuta,
cinco moros prisioneros,
ni por sorpresa lo han sido
ni sin lidiar se rindieron.
Que luchando brazo á brazo
los apresaron los nuestros,
cuando acosados rugian
como el tigre del desierto
que á los piés del cazador
se arrastra ya sin aliento.

Maldecian su fortuna
que los puso en tal estremo,
á merced de los cristianos,
sus enemigos eternos.
Y á comprender no alcanzaban
con su fanatismo ciegos
que es nuestra fé pura fuente
de dulcísimos consuelos,
que la loca intolerancia
se hundió ya con sus tormentos,
que la ley de los tiranos
no es la ley del Evangelio.
Y comprender no podian
los miserables y abyectos
que las naciones que marchan
con la antorcha del progreso,
llevan en su luz la vida,
la redencion de los pueblos
que en la esclavitud sucumben
de la inteligencia enfermos.

Pero ya los africanos
mudos yacen en sus lechos,
rodeados de enemigos
que los tratan con afecto,
y los curan y consuelan
como á propios compañeros.
Tan noble conducta admiran
y les infunden respeto
los cuidados de la hermana
de la Caridad, del médico,
del soldado, que están todos
á su bienestar atentos.
Porque el guerrero español
es como fué en todos tiempos,
humilde con el vencido,
con el vencedor soberbio.
Y así ni aun para los moros
guarda rencor en el pecho,
su crueldad en las lides
va á vengarla cuerpo á cuerpo.

II.

Y aquí debo relataros
un episódio muy tierno,
de la caridad cristiana
como interesante ejemplo.
Iban, iban acosando
con sus disparos certeros
nuestros bravos cazadores
á los feroces riffeños.
Estaba lloviendo á mares,
silbaba furioso el viento
y en las quiebras remedaba
mil gemidos lastimeros.
—¡Un aduar!—los nuestros gritan
al llegar al pié de un cerro;
y de las inmundas chozas
salen veinte, treinta, ciento,
dando alaridos terribles,



las espingardas blandiendo.
Tras un instante de lucha
huyeron todos, y huyeron
llevándose las mujeres
y los súcios pequeñuelos,
que arrastrando caminaban
de lodo y sangre cubiertos.
Y aun el fragor del combate
escuchábase á lo lejos,
y ya, del campo señores,
se retiraban los nuestros,
cuando un grupo de soldados
halló tendida en el suelo
á una mora con dos niños
rotos, desnudos, hambrientos.
Y diluviaba, y el aire
seguia siempre rugiendo,
y los dos niños lloraban
de hambre, de frio, de miedo.
Mirólos la triste mora

con semblante descompuesto,
les tendió los flacos brazos
y alzó los ojos al cielo.
—¡Pobre madre! ¡pobres hijos!—
murmuraron los guerreros,
y el llanto bañó su rostro,
y todo su pan les dieron,
y despues con sus capotes
y con sus mantas cubriéndolos,
los fueron acompañando
del infiel al campamento.
¡Oh virtud, virtud divina
que ejerces tan noble imperio!
Quien para sus enemigos
albergue te dé en su pecho,
es cristiano y algo tiene
de los ángeles del cielo.

ROMANCE XIX.

Preparativos.—Prim y voluntarios catalanes.

I.

Todas sus fuerzas reune
el Príncipe del Algarbe,
pues ya por los movimientos
de las cristianas falanges
comprende que del asalto
se acerca el supremo instante.
Grande ha sido la derrota,
rudos fueron los desastres
que sufrieron sus ejércitos
en aquel estenso valle,
el postrer dia del mes
que fué nuncio de sus males.

Con su hermano Ahmet dispónese
á resistir el ataque,
y enérgicamente escitan
á las kábilas salvajes
porque su bárbaro empuje
con los cristianos acabe.

Y mientras, revela O-Donnell
á los demas Generales
de la próxima batalla
los bien concertados planes
que de la ciudad morisca
pondrán á sus piés las llaves.

Dispónese el tren de sitio
y avanzan ya los bagajes,
dó quiera cruzan con órdenes
los celosos ayudantes,
todo es movimiento y vida
y belicosos alardes,
y afan de nobles laureles
y ambicion de empresas grandes.

II.

En muy buen hora llegaron
los bizarros catalanes,
recíbelos el Ejército
con abrazos y con plácemes,
como á los hermanos de armas
cuyo valor ha de honrarle.
A las órdenes ingresan
de aquel Conde infatigable,
del héroe de Castillejos,
de aquel que contra el alarbe
renovó las altas glorias
de los Cides y Guzmanes.
—«Bienvenidos, mis paisanos,
les dice con voz vibrante,
bienvenidos á estas tierras
á lidiar con musulmanes,
hoy las veis, quizás mañana
las regueis con vuestra sangre,

llegais al festin de gloria,
nunca para el bien fué tarde.
¡Ay si de mi Cataluña
empañais el estandarte!
Con uno solo que tiemble,
que en el peligro no avance,
os juro que ya ninguno
verá nunca sus hogares,
que mas valeis aquí muertos
que en nuestra Pátria cobardes.»—
Y mil vítores contestan
á tan elocuentes frases,
todos combatir ansían,
en todos los pechos arde
la llama del patriotismo,
de ese anhelo inesplicable
que hace de los hombres héroes,
de los pigmeos jigantes,
de los olvidados pueblos
naciones ricas y grandes.

Pedro Perez de Castro litog.º

Lit. Militar S. Bernardino 7

TETUAN.

ROMANCE XX.

Tetuan por España (1).

I.

El Génio de la Guerra.

ESPIERTA, cantor, despierta,
que el Génio busca tu voz!
Si cantas glorias de España,
¿por qué duermes, trovador?
Si en los rayos de la luna
vengo á mostrártelas yo,
para anunciarlas al mundo
no aguardes la luz del sol.
Ya la calma de la noche

(1) Escrito pocos momentos despues de llegar á Madrid la noticia de la rendicion de Tetuan.

turba lejano rumor,
y es que en alas de la brisa
á vuestras playas llegó
buscando el eco en la Pátria
el grito del vencedor
que alzó en la plaza del moro
el estandarte español,
porque á Dios lleva consigo...

POETA.

¡Bendito el nombre de Dios!
—Despierta, cantor del alma,
llene el espacio tu voz
y responde á tus hermanos
con himnos de bendicion.
Yo con los ecos mas dulces
daré aliento á su valor
porque el Génio de la Guerra
siempre á los héroes llevó
los lauros de la victoria

con besos del pátrio amor.
Canta las glorias que España
en ruda lid alcanzó,
para que asombren al mundo
antes de que brille el sol.

A guiar á tus hermanos
vuelo al campo del honor,
que Dios proteje sus armas...
—*¡Bendito el nombre de Dios!*

Pátria, mi Pátria querida,
si el Génio me despertó,
¿por qué no trajo en sus alas
la luz de la inspiracion?
Mas para ensalzar tu nombre
no bastan palabras, no,
que no hay humano lenguaje
que traduzca el corazon
en estas horas supremas
en que le llena tu amor.
Solo interpretan las lágrimas

F. Reinhard, imp.° E. Varela, lit.°

esa profunda emocion
que da vida al entusiasmo
del noble pueblo español,
puro manantial de goces
que de las manos brotó
del Dios de nuestros Ejércitos...
¡Bendito el nombre de Dios!
Ya llena alegre los aires
de cien campanas el son,
que de las brisas marinas
el apacible rumor
á la villa coronada
con la gran nueva llegó.
Hermosa brilla la luna
y á su claro resplandor,
mujeres, ancianos, niños
y mozos en confusion,
por las calles y las plazas
gritando van á una voz
entre lágrimas y risas

mientras retumba el cañon,
«¡Vivan la Reina y la Pátria!»
y antes de lucir el sol,
nuestra gloria asombra al mundo...
¡Bendito el nombre de Dios!

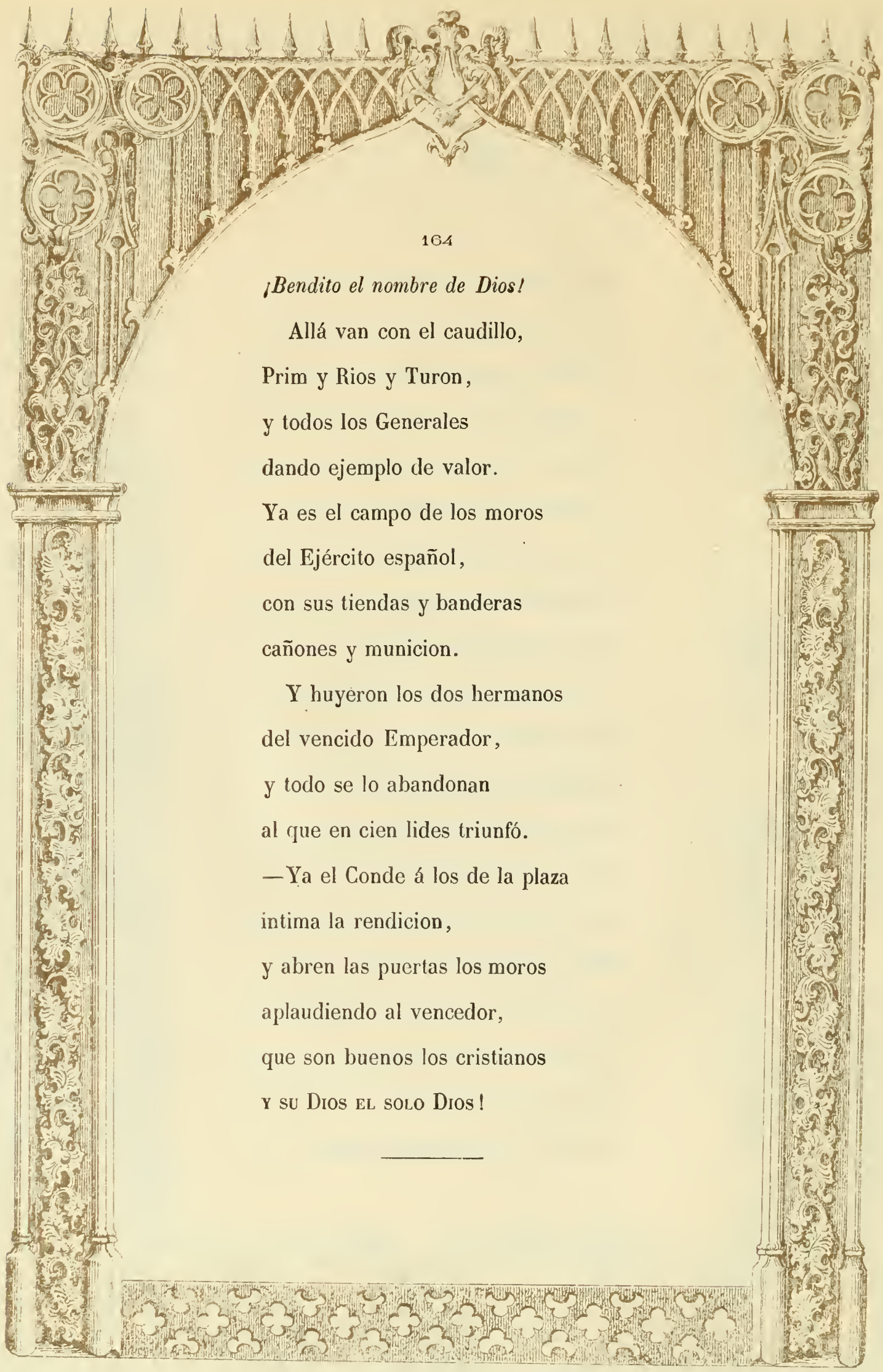
II.

Si, como el Serrallo, Anghera
gran victoria presenció;
si de otras fueron testigos
Castillejos y el Negron,
la del cuatro de febrero
al infiel espanto dió,
que cada triunfo de España
le anuncia siempre mayor.

Que asaltando las trincheras
defendidas con teson,
oficiales y soldados
movidos por una voz,
brazo á brazo combatieron

con tan noble exaltacion,
que despues de unos instantes
de estrago, sangre y horror,
«¡victoria! —gritan— ¡victoria!...»
¡Bendito el nombre de Dios!
¡Qué puñado de valientes
Cataluña nos mandó!
para honrar á aquella tierra
ni el mismo Roger de Flor.
No en vano Prim con sus frases
á lidiar les alentó.
¡Qué modo de acometer!
¡qué fuego, qué decision
al avanzar los primeros
no bien el clarin sonó!
Ya se hunden en los pantanos,
ya redoblan su furor,
¡ay! que Sugrañés, el Jefe,
muerto en la lucha cayó.
Y caen ciento, y otros ciento

de la *Princesa* y *Leon,*
Dios los corona de gloria...
¡Bendito el nombre de Dios!
Dando tajos y mandobles
Prim por la tronera entró,
y O-Donnell al mismo tiempo
va con su Estado Mayor
animando á los soldados
en lo récio de la accion.
Ya su hermano D. Enrique
á las alturas corrió
persiguiendo á los infieles
que huyen mudos de pavor.
Ya la torre de Geléli
con sus valientes ganó;
Muley-Abbas con los suyos
vá llorando su baldon,
y *¡estaba escrito!* murmura
en su profundo dolor,
mientras los nuestros repiten



¡Bendito el nombre de Dios!

Allá van con el caudillo,
Prim y Rios y Turon,
y todos los Generales
dando ejemplo de valor.
Ya es el campo de los moros
del Ejército español,
con sus tiendas y banderas
cañones y municion.
Y huyeron los dos hermanos
del vencido Emperador,
y todo se lo abandonan
al que en cien lides triunfó.
—Ya el Conde á los de la plaza
intima la rendicion,
y abren las puertas los moros
aplaudiendo al vencedor,
que son buenos los cristianos
Y SU DIOS EL SOLO DIOS!

ROMANCE XXI.

La redencion de un pueblo (1).

I.

Los dos hermanos caudillos
abandonan á Tetuan,
y el sol sus rayos oculta
entre las brumas del mar;
que es monarca de los astros
y se avergüenza quizá
de haber visto tanta mengua
en quien tiene sangre Real.

(1) Leido en el teatro del Príncipe por la inteligente actriz señorita Hijosa, en la noche del 8 de febrero de 1860.

Por la escarpada vertiente
de Sierra-Bermeja van
con los corceles rendidos
del contínuo galopar.
No bien á la cumbre llegan,
vuelven la pálida faz,
tan amargas penas sienten
que no les dejan hablar.
Míranse los dos hermanos,
míranse con hondo afan,
que á sus padres muchas veces
tristes oyeron contar,
que Boabdil perdió la perla,
la hermosa perla oriental,
y con ella se perdieron
las glorias del musulman.
¡Sombra del Rey de Granada
que en Padúl gimiendo estás,
este baldon de tus hijos
sobre tu frente caerá!

II.

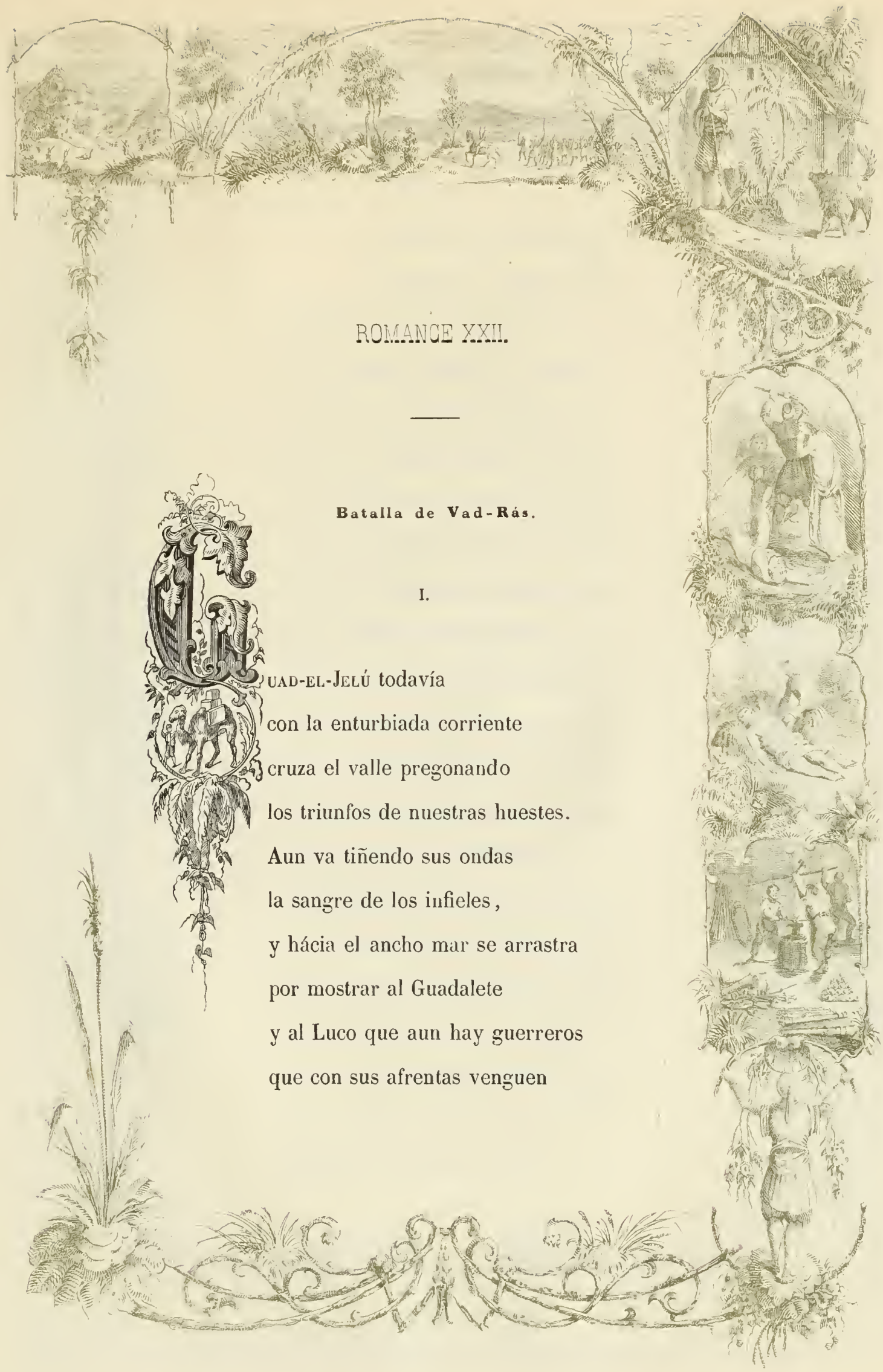
¡Huid, los caudillos moros,
pero no mireis atrás
por despediros con lágrimas
de la perdida ciudad;
que la sombra de la noche
sus torres envuelve ya,
y os maldice vuestro pueblo,
si, porque, génios del mal,
ni supísteis darle leyes,
ni quisísteis darle pan.

Y hoy vuestros mismos soldados
le saquean sin piedad
y degüellan á sus hijos,
y así, de hogar en hogar,
con sangre, con luto y lágrimas
ponen el sello fatal
á la esclavitud que sufren

los descendientes de Agar.

¡Oh! ya rompe sus cadenas
España, nuncio de paz,
para asombro de naciones
que su gloria envidiarán.

Y libres de sus verdugos,
otro sol al ver brillar,
ante la cruz del cristiano
entusiastas gritarán:
«¡Bienvenido, bienvenido,
sol de eterna libertad!»



ROMANCE XXII.

Batalla de Vad-Rás.

I.

Guad-el-Jelú todavía
con la enturbiada corriente
cruza el valle pregonando
los triunfos de nuestras huestes.
Aun va tiñendo sus ondas
la sangre de los infieles,
y hácia el ancho mar se arrastra
por mostrar al Guadalete
y al Luco que aun hay guerreros
que con sus afrentas venguen

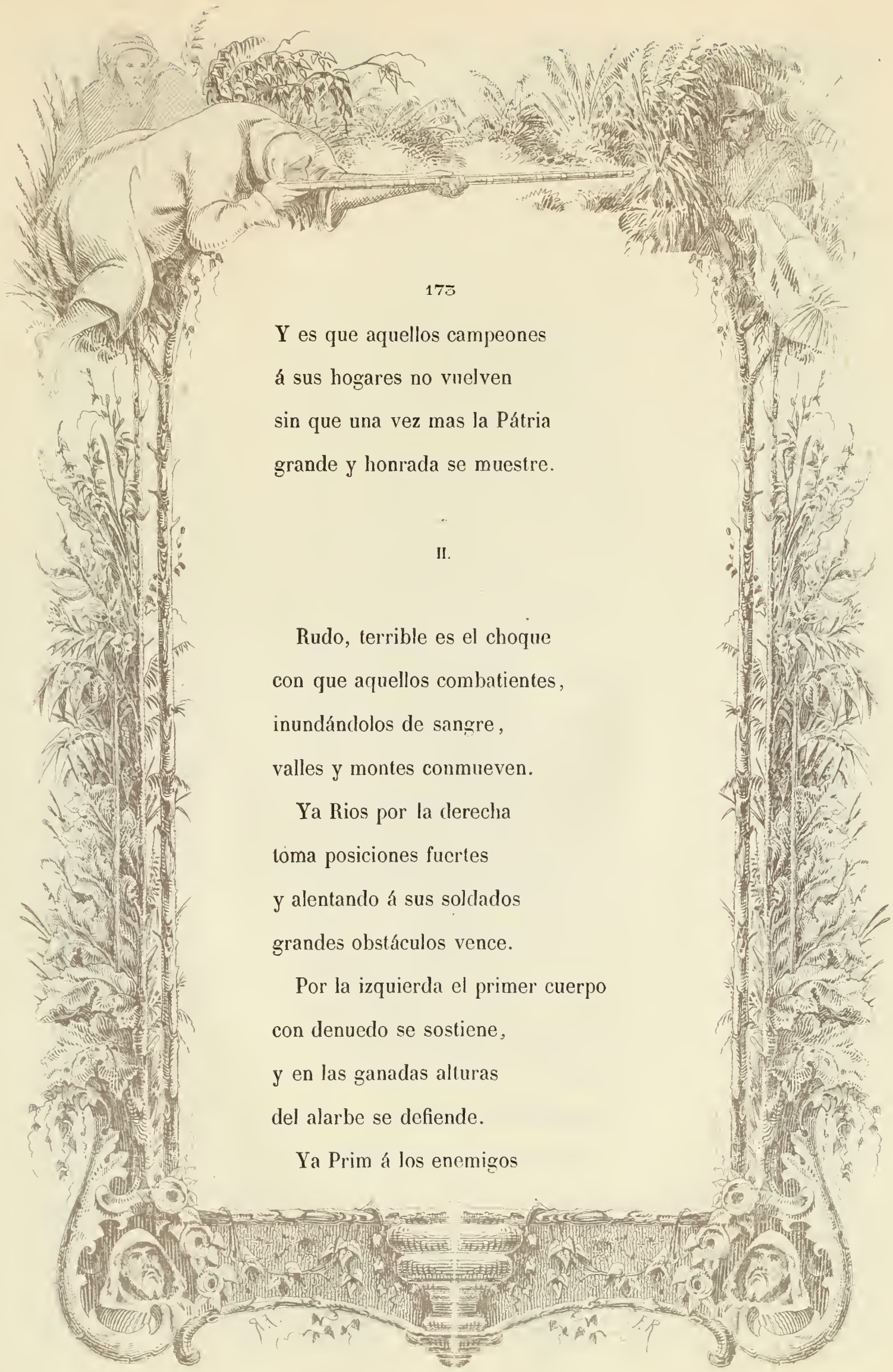
la ruina de dos naciones
y la sangre de dos Reyes.
Ya retumba en la Alcazaba
el cañon, ya nuestra gente
al escuchar la señal
toma las armas alegre,
su equipo arregla y atenta
se halla á la voz de los Jefes.
De cornetas y tambores
se oyen toques diferentes,
y luego la voz de mando,
y el trotar de los corceles,
y el fragor de las cureñas
que ruedan pesadamente.
Ya todos en marcha, todos
con aire marcial se mueven,
solo quedan en la plaza
los que la plaza guarnecen.
Rios con sus batallones
ya por los montes asciende

de Samsa, y corre á ganar
las escarpadas vertientes
que el valle Vad-Rás dominan,
y con direccion al puente
de Buceja marcha O-Donnell,
sereno y tranquilo siempre.
Con él Echagüe y su cuerpo,
luego Prim con sus valientes,
Ros con los suyos, Galiano
con sus apuestos ginetes,
los de las agudas lanzas
y brillantes coseletes,
los de dormanes bordados,
los de acerados arneses.

Y allá marchan decididos
hácia la altura de enfrente,
formidable posicion
que á la vista ha de ponerles
del Fondak y que de Tánger
marca la senda mas breve.

Y allá marchan, y no hay uno
que nuevas lides no anhele
donde probar el aliento
del alma templada y fuerte.

Y siguen, y ya los grupos
del enemigo aparecen
por disputarles el paso,
ya mas próximos los tienen,
ya laten los corazones
que el entusiasmo enardece,
y al gran choque se aperciben,
y por las llanuras fértiles
corren al festin de gloria,
corren tal vez á la muerte.
Y es que ambicionan cual nunca
ceñir brillantes laureles.
Y es que aquel dia magnífico
que es el último presienten
con que la guerra les brinda
contra el musulman aleve.



Y es que aquellos campeones
á sus hogares no vuelven
sin que una vez mas la Pátria
grande y honrada se muestre.

II.

Rudo, terrible es el choque
con que aquellos combatientes,
inundándolos de sangre,
valles y montes conmueven.

Ya Rios por la derecha
toma posiciones fuertes
y alentando á sus soldados
grandes obstáculos vence.

Por la izquierda el primer cuerpo
con denuedo se sostiene,
y en las ganadas alturas
del alarbe se defiende.

Ya Prim á los enemigos

entre sus fuegos envuelve,
y cargan los catalanes
que el rio pasan, y al verse
con las triplicadas fuerzas
que sobre *Granada* vienen,
con noble aliento se lanzan,
cierran con ellas cien veces.
Y allí García y Echagüe,
y allí Galiano y Paredes
ganando siempre terreno
con infantes y ginetes.
Y allí el ardor del soldado,
la prudencia de los Jefes,
del Oficial el arrojo,
todo, todo juntamente
de acuerdo va con los planes
del que dirije las huestes,
del que con tanta fortuna
tales hazañas emprende.
Ya los tercios vascongados

en la lid su sangre vierten;
ellos y los de *Tarifa*
arrojan á los infieles
del aduar que encierra el bosque
que los oculta y guarece.

Mas ¡ay! que tornan las fieras
y en una casa que encienden,
un Oficial de *Tarifa*
solo está con su asistente.
Con sus armas contra ciento
se libraron de la muerte,
mas de las voraces llamas
¿cómo podrán defenderse?

Allá van unos soldados
del batallon, arremeten
contra el tigre, le acorralan,
y *piadosos* y *valientes*,
salvan á los dos cuitados
que su gratitud ofrecen.

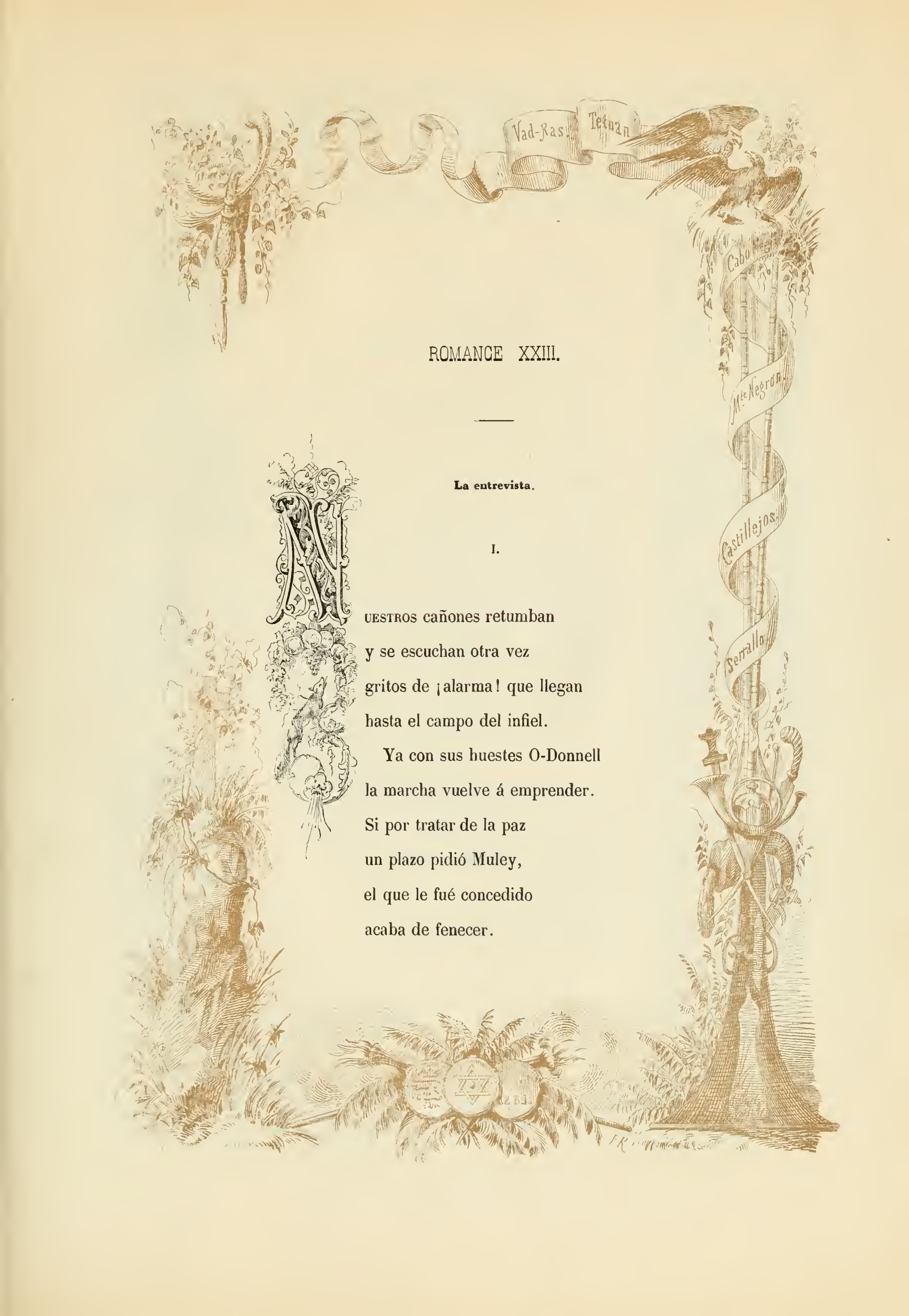
Y entre tanto Prim avanza

de los de *Leon* al frente
y aduares gana y alturas,
y nuestra línea se estiende,
y acosados ya los moros
que cuanto ocupaban pierden,
hacen el último esfuerzo
impetuosos, ardientes,
y rugen cual la pantera
que, ya herida, desfallece,
viendo como la arrebatan
los cachorros que defiende.

—En el que fué campo moro
descansan ya los que vencen;
por el monte y por el valle
corre la sangre á torrentes,
es mucha de los cristianos
mucha mas de los infieles.

¡Ay, Dios, y que bellos árboles
son los que allí ya florecen!
Hermosa brota la oliva

junto á los frescos laureles,
diademas de *Paz* y *Gloria*
de sus dulces ramas penden.
Ya es tiempo, querida Pátria,
de que al par ciñan tus sienes,
que ante el mundo que te admira,
tu honor puro resplandece.



ROMANCE XXIII.

La entrevista.

I.

Nuestros cañones retumban
y se escuchan otra vez
gritos de ¡alarma! que llegan
hasta el campo del infiel.
Ya con sus huestes O-Donnell
la marcha vuelve á emprender.
Si por tratar de la paz
un plazo pidió Muley,
el que le fué concedido
acaba de fenecer.

Las cajas y los clarines
hacen la señal tambien....
Si hay lucha, qué Dios el triunfo
á sus Ejércitos dé!
Mas ya por el valle asoman
en presuroso tropel
treinta gallardos ginetes
de los mas nobles de Féz.
Al frente el Príncipe llega
fatigando á su corcel,
que antes de avanzar los nuestros
al caudillo quiere ver.

II.

—«Gran cristiano, gran cristiano,
por tu vida, dí si es bien
que á las armas demos tregua
y cese la saña cruel.
No alcanzan ya mis esfuerzos

á resistir tu poder;
y aunque para mengua propia,
¿qué mucho, qué mucho es
que se confiese vencido
quien tantas veces lo fué?—
Tales palabras pronuncia
el desgraciado Muley,
del tratado de paz firma
las condiciones despues,
y á su campo torna, y óyense
gritos de inmenso placer
que revelan la ventura
de los que con noble fé
pelearon y vencieron
soñando siempre volver
á la Pátria con los ricos
blasones de su honra y préz.

ROMANCE XXIV.

La Paz.

I.

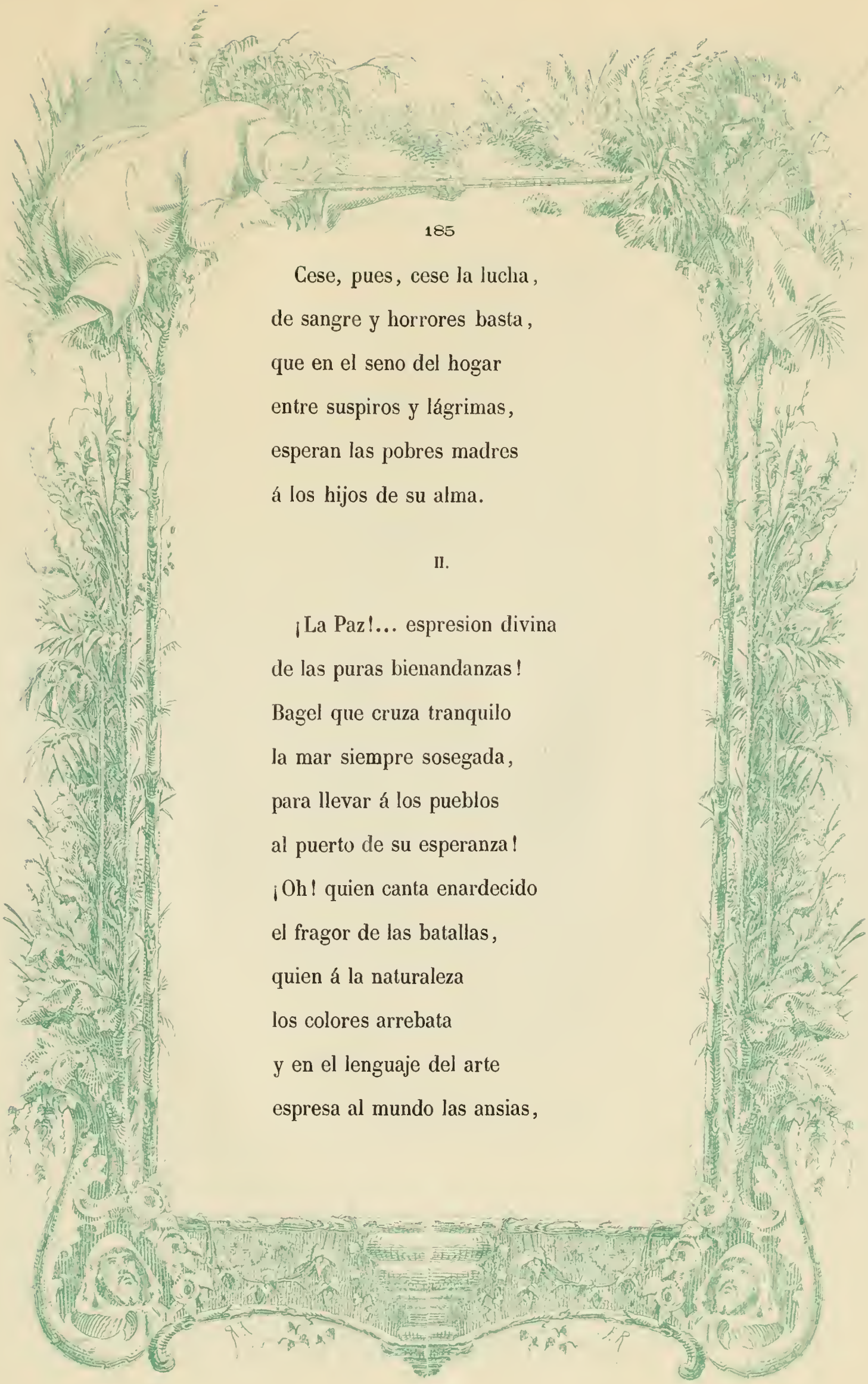
QUIERO cantar á la sombra
de las benéficas palmas,
quiero beber en la fuente
de las cristalinas aguas,
y escuchar las armonías
de los suspiros del aura,
y ver el cielo sin nubes,
y la mar en dulce calma.

Soy el que cruzó desiertos
donde las fuentes no manan,
el que atravesó los bosques
donde el huracan rebrama,
el cansado peregrino
que en pós del destino marcha.

Pues el oasis encuentro
en mi penosa jornada,
ya es bien que la ardiente arena
deje mi trémula planta
y que de los bosques huya
y de sus sombras infaustas.

Soy el cantor de la guerra,
el trovador entusiasta
que busca con sus romances
el santo amor de la Pátria.

Yo lancé con mis hermanos
el grito de la venganza,
los ví volar atrevidos
á las costas africanas;
ellos triunfaron do quiera,
y yo canté sus hazañas,
canté las glorias de un pueblo
que, con Dios y con su causa,
á la faz del mundo absorto
grande y noble se levanta.



Cese, pues, cese la lucha,
de sangre y horrores basta,
que en el seno del hogar
entre suspiros y lágrimas,
esperan las pobres madres
á los hijos de su alma.

II.

¡La Paz!... espresion divina
de las puras bienandanzas!
Bagel que cruza tranquilo
la mar siempre sosegada,
para llevar á los pueblos
al puerto de su esperanza!
¡Oh! quien canta enardecido
el fragor de las batallas,
quien á la naturaleza
los colores arrebata
y en el lenguaje del arte
espresa al mundo las ansias,

el coraje del soldado
que á los peligros se lanza,
el ¡ay! de los moribundos,
las voces de los que mandan,
el tronar de los cañones,
el fuego, el humo que empaña
el gran cuadro confundiendo
guerreros, caballos y armas:
el verdadero poeta
que esto siente y esto canta,
recuerda á la vez que existen
madres, amantes y hermanas
que en las desastrosas luchas
tienen pedazos de su alma;
y entonces invocar debe
con sus frases inspiradas
á la Paz que á los hogares
vuelve la perdida calma.
— Aquí concluyen los cantos
del trovador entusiasta.

Si corazones que sienten
responden á sus palabras,
y al descubrir sus afectos
los nobles afectos hallan,
y vierten sobre su libro
de gratitud una lágrima,
no quiere mas recompensa
el que la logró tan alta.

INDICE

DEL

ROMANCERO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

		PÁGINAS.
ROMANCE PRIMERO.	*Introduccion*	7
— II.	*La voluntad nacional*	17
— III.	*Las joyas Reales*	23
— IV.	*La despedida del Caudillo*	33
— V.	*Un adios á la Pátria*	43
— VI.	*Las alturas del Serrallo*	47
— VII.	*El boquete de Anghera.—Valor y piedad*	53
— VIII.	*El dia 25 de noviembre*	59
— IX.	*El 30 de noviembre*	65
— X.	*Leyenda de la Casa del Renegado*	71
— XI.	*Una misa solemne.—Ellos y nosotros*	91
— XII.	*La noche-buena en el campamento*	97
— XIII.	*Felices Pascuas.—Por tierra y por mar*	105
— XIV.	*Batalla de los Castillejos*	115
— XV.	*Monte Negron.—Noche del 7 de enero*	131
— XVI.	*Tempestad.—Angustias*	135
— XVII.	*Tras la tempestad la calma.—Cabo Negro*	141
— XVIII.	*Prisioneros moros.—Caridad cristiana*	147
— XIX.	*Preparativos.—Prim y voluntarios catalanes*	153
— XX.	*Tetuan por España*	157
— XXI.	*La redencion de un pueblo*	165
— XXII.	*Batalla de Vad-Rás*	169
— XXIII.	*La entrevista*	179
— XXIV.	*La Paz*	183

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	PÁGINAS.
Las alturas del Serrallo	47
Boquete de Anghera	53
La Casa del Renegado	71
Batalla de los Castillejos	115
Tetuan	157

ERRATA NOTABLE. En la página 11, el verso que dice *maldiciendo á sus recuerdos*, debe decir *maldiciendo sus recuerdos*.

LS
B9824r

249011

Author Bustillo, Eduardo

Title Romancero de la Guerra de Africa.

NAME OF BORROWER.

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU